EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.° 18. Tomo I.—LUNES 15 DE JULIO 1844.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICIÓN EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscribese en las principales librerias del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía: Castaños, por D. A. F. del Rio.—**Espatolino (novela)**, conclusion, por la señorita Avellaneda.—**Poesía**, por doña Carolina Coronado.—**El antiguo edificio del Colegio de S. Cárlos**, por el Dr. Calvo y Martin.—**Bellas artes; su estado actual en la capital de España: Escultura, estatuaria. Artículo tercero**, por D. Pedro de Madrazo.—**Don Liborio de Cepeda**, por D. Antonio Flores.—**Sociedad para propagar y mejorar la educacion del pueblo.—Revista de la Quincena**, por D. Juan Perez Calvo.

BIOGRAFIA.

CASTAÑOS.

El lord Wellington orgullo de Inglaterra, y el mariscal Soult legítimo representante en Francia de los triunfos del imperio: Castaños es en España monumento vivo de nuestras glorias militares, y tal vez el decano de todo el ejército de Europa, pues ya habia entrado en el servicio por la época en que Soult y Wellington abrieron los ojos á la luz del mundo. Si anhelárais ver á estos encumbrados personajes en Paris ó Londres necesitaríais sin duda dar mas pasos que emplea un pretendiente en nuestro pais para obtener una jefatura política ó una intendencia de primera clase. Como respiran la atmósfera del lujo, descansan en el seno de la opulencia, poseen magníficos palacios, despues de estériles diligencias, de sufrir antesalas, y aun casi de dirigir memoriales, tal vez os dariais por contentos con distinguir sus rostros á través del vidrio de una carroza, ó en el parlamento desde una distante tribuna. Pobre, modesto y sencillo en sus costumbres el general Castaños se muestra á todas horas solo y á pié en las calles de la capital, podeis contemplarle á vuestro lado en los paseos públicos y en las iglesias: visitais su morada sin que os sofoque el humo de la lisonja, y entablais conversacion con el ilustre veterano como si fuera un antiguo camarada, salvo siempre el respeto que merece un hombre revestido con el sacerdocio de la edad, con los primeros grados y condecoraciones de la milicia y con la grandeza de España.

Apenas pasa correo sin que los periódicos de extranjeras naciones nos traigan en sus columnas estupendos casos de longevidad, relativos casi siempre á personas oscuras, y cuyo nombre empiezan á pregonar las cien lenguas de la fama solo por lo mucho que han vivido. Cada dia que vemos al general Castaños

sonrosado de color; con todas las señales de una salud robusta, si algo caida su venerable cabeza como agobiada por el peso de sus laureles, concebimos la esperanza de que algun dia han de llevarse la palma los periódicos españoles, dando cuenta de un caso de longevidad nada dudoso por la alta reputacion de la persona á quien ha de referirse.

Hijo el Excmo. Sr. D. Francisco Javier Castaños de un esclarecido militar (intendente de ejército) al servicio del buen rey don Fernando VI, nació en Madrid por los años de 1756. En paz España durante su niñez pudo proporcionarle su padre una educacion esmerada: ya jóven se distinguia por lo ameno de sus dichos y por la gentileza de su persona: su nombramiento de capitan á los doce años vino á darle preponderancia entre sus iguales y á aumentar el partido de que gozaba entre las principales damas de la época. Entonces aun no habia vertido las primeras lágrimas el hombre de la Córcega, destinado por la Providencia á conmover el mundo treinta años mas tarde: gobernaba la España Cárlos III de feliz memoria. Cuando sonó el primer mugido de la revolucion francesa ya habia obtenido Castaños varios ascensos: el grado de teniente coronel en 1.° de marzo de 1782; el empleo de sargento mayor en 6 de octubre del mismo año; el de teniente coronel en 18 de marzo de 1784; el grado de coronel en 14 de enero de 1789. Todavía alentaba el infortunado Luis XVI, apoderándose de sus pueblos con horrible celeridad el vértigo de las pasiones políticas, que lo llevó á la guillotina; cuando el insigne varon, que es objeto de estos apuntes, obtenia la efectividad de coronel con mando del regimiento de Africa, y vestia ese glorioso uniforme blanco de solapa negra con que le habreis visto cien veces en las procesiones del Corpus, en las fiestas cívicas y religiosas, y en los dias de gran gala. Fué ascendido á brigadier en 10 de octubre de 1793, ciñó la faja en 9 de febrero de 1795, y llevaba tres años de teniente general cuando lloró España, con el inolvidable revés de Trafalgar, la pérdida de nuestra marina. No parecerán nada rápidos estos ascensos si se considera que en 1802 contaba el ilustre general treinta y cuatro años de servicio, y que por la parte de Cataluña estuvimos en guerra con la república de Francia á fines del último siglo. El general estaba en Pamplona.

Abrióse poco despues una lucha mas gloriosa para los españoles: provocábala el dominador de reyes: iban á sostener nuestros padres la misma causa que enriqueció la historia con el heroismo de los de Sagunto, y afrentó á Roma con el increible teson y denuedo de Numancia, y llevó á Pelayo á las montañas de Covadonga despues del desastre del Guadalete: atentaba en sus almas el noble y esforzado espíritu de los que vencieran en Clavijo y en las Navas de Tolosa: renacia en sus corazones la fé y la perseverancia de los que en pos de D. Fernando el Santo dirigieron sus oraciones al dios de las batallas desde

la mezquita de Córdoba y el alcázar de Sevilla: eran leales y valientes como los que bajo las órdenes de Isabel la Católica tremoláran el pendon de Santiago sobre las torres de Comares y de la Alhambra. En todos los ángulos de la monarquía resonaba el formidable grito de independencia, y todos juraban morir antes que someterse al yugo extranjero. Mandaba á la sazon en el campo de Gibraltar el general Castaños, y se adhirió instantáneamente al levantamiento de la nacion con todas sus tropas, bien escasas por cierto. Numerosas las de los franceses, despues de apoderarse con alevosía de nuestras fortalezas, se derramaban cual furiosas avenidas por todo el ámbito de la península.

Habia salido Dupont de Toledo el 24 de mayo de 1808 atravesando sin contratiempo las áridas llanuras de la Mancha, si bien pudo apercibirse de las pocas simpatías que excitaron sus tropas entre aquellos naturales: casi desierto encontró el lindo pueblo de la Carolina, y supo en Andujar el alzamiento de la ciudad de San Fernando. Detenido en el puente de Alcolea por doce piezas de artillería, 3,000 hombres de tropa y mayor número de paisanos, á las dos horas de pelea cruzó el Guadalquivir y se presentó á las tres de la tarde del 7 de junio á las puertas de Córdoba, donde entraron á saco sus huestes. Bien pronto se halló incomunicado con la córte, y retirándose de Córdoba á Andujar envió parte de sus fuerzas á Jaen en busca de víveres. Cometian aquellos soldados toda clase de desafueros: eran víctimas los pueblos de las mas inauditas vejaciones: solo un hecho de armas de grande importancia podia libertarles de tamaño conflicto.

Habia recaido en el general Castaños el mando en jefe del ejército de Andalucía, cuyo núcleo consistia en unos 6,000 hombres: con extraordinaria actividad se dedicó á engrosar sus filas con los muchos andaluces que voluntariamente empuñaban las armas contra los invasores, de modo que despues de reunir en el corto tiempo de veinte dias 25,000 infantes y 2,000 caballos puede decirse que se hallaba á la cabeza de un ejército de paisanaje: suplia á la instruccion el entusiasmo, á la disciplina la bravura. Habia establecido su cuartel general en Utrera, distribuyendo sus fuerzas en tres divisiones y un cuerpo de reserva, mandadas aquellas por Reding, y el marqués de Coupigny y éste por don Manuel de la Peña y Jones. Don Juan de la Cruz tenia á sus órdenes 1,000 hombres, y don Pedro Valdecañas algunos destacamentos. Formó el general en jefe su plan de ataque el dia 11 de julio: se puso en movimiento con su ejército el dia 13, y á las cuarenta y ocho horas ya hubo algunas escaramuzas. Sostuvo Castaños el dia 16 un empeñado cañoneo contra los franceses: dispuso otras operaciones en los dias sucesivos, y toda la noche del 18 al 19 estuvieron las tropas españolas en constante movimiento. Comenzaron las hostilidades á las cuatro de la mañana: rechazados los franceses en su acometida al ala izquierda donde Coupigny mandaba, no lograron mejor fortuna en el centro y en el ala derecha, si bien esta habia cedido al principio algun tanto. Prolongándose la accion cayó á plomo sobre los combatientes el sofocante fuego del sol de julio: ahogados de sed se disputaban con encarnizamiento una acequia para refrescar sus ennegrecidos labios: una valerosa andaluza andaba infatigable en los puntos de mas peligro distribuyendo agua entre los soldados españoles. En tanto jugaba nuestra artillería con tal destreza que llegó á desmontar la de los enemigos, y aun cuando estos impávidos como en Austerlitz se lanzaron hasta las bocas de nuestros cañones, hubieron de retroceder ante la impasibilidad de aquellos adalides que pocos dias antes labraban pacíficamente sus tierras ó cursaban las aulas de las universidades. Abrumados los franceses de fatiga y encerrados como en una jaula sin que pudieran volver atrás ni romper la línea, propusieron por conducto de su general una suspension de armas, y el caudillo español convino en ella. Habia alcanzado á Dupont la division á las órdenes de don Manuel de la Peña, reserva prevenida con mucha oportunidad por el Excmo. señor don Francisco Javier Castaños. Tambien Vedel voló desde la Carolina á los campos de Bailen para auxiliar á las tropas francesas, y ya habia acometido á alguno de nuestros destacamentos cuando recibió órden de Dupont para suspender las hostilidades. A fin de salir de situacion tan apurada pedia éste que se le permitiera retroceder á la corte. Consultóse al general en jefe Castaños, y desechada la propuesta se rompieron las negociaciones. Volvieron á entablarlas los franceses viéndose acosados por todo el paisanaje de aquellas cercanías. Vedel recibió órden de Dupont para ponerse en salvo y empezó á efectuarlo ya de noche, mas como los españoles descubriesen el movimiento, avisaron á Dupont de que serian pasadas á cuchillo todas sus tropas si no se sometia á la palabra empeñada anteriormente. Hubo de revocar la órden remitida á Vedel temeroso de tan terrible amenaza, y en virtud de la capitulacion celebrada quedaban prisioneras de guerra todas sus tropas, debiendo ser trasladadas á Francia en buques con tripulacion española. Tal fué el resultado de aquella memorable jornada, y el nombre de Bailen se propagó con rapidez por toda Europa unido al de Castaños, haciendo ver que los soldados del imperio no eran invencibles. A la misma hora en que el rey intruso salia de la córte para replegarse al Ebro, de resultas de la batalla de Bailen ascendia á capitan general Castaños en justa recompensa de su victoria: sucedia esto el 29 de julio. Hizo Castaños su entrada triunfal en Madrid el dia 23 de agosto entre las entusiastas aclamaciones del pueblo del dia Dos de Mayo, cuyo alborozo rayaba en delirio. Se le indicó tal vez por alguno de sus generales que solo entráran en Madrid los soldados que tenian uniforme. «*Entren todos, pues sin uniforme han vencido*» respondió Castaños, segun hacemos memoria de haberlo oido de sus labios en una sesion del Estamento de próceres. Al dia siguiente de la entrada de las tropas de Andalucía se proclamó en la corte á Fernando VII con inexplicables demostraciones de júbilo de sus moradores, y de los que habian acudido de los pueblos inmediatos para tomar parte en tan solemnes festejos.

Instalada en Aranjuez la Junta central, bajo la presidencia del esclarecido conde de Floridablanca, nombró á Castaños general en jefe del ejército del centro: lo formaban las tropas de Murcia y de Valencia, y las de Andalucía, Extremadura y Castilla: empezaron á moverse hácia el Ebro desde el mes de setiembre, situándose hácia la parte de Tudela, á cuya ciudad llegó el general en jefe el dia 17 de octubre. Allí tuvo la primera entrevista con el Excmo. señor don José de Palafox y Melci, otra de nuestras glorias militares, conviniéndose ambos en amenazar á Pamplona. Se adelantaron los castellanos á Viana, Grimarest se extendia desde Lodosa á Lerín, y los aragoneses avanzaban por la parte de Sangüesa. Con 1,000 hombres ocupó á Lerín don Juan de la Cruz Mourgeon donde se defendió heróicamente el 26 de octubre, celebrando el 27 una capitulacion honrosa, por no haberle auxiliado Grimarest cual se lo habia prometido. Pignateli abandonó el mismo dia á Logroño, retirándose con tal prisa que se desbandaron sus tropas. Indignado Castaños de aquella conducta le separó del mando, y resolvió suspender toda maniobra hasta que llegasen refuerzos que esperaba. Por entonces pisó Bonaparte el territorio español, y las armas francesas lograron algunas pasajeras victorias.

Suscitáronse perniciosas disensiones en el ejército del centro, tachándose al general en jefe Castaños de remiso é indolente, y los que le censuraban alcanzaron que se comisionase cerca de su cuartel general á tres individuos para que le sacáran de su apatía. No obstante, no adolecia de irresolucion el vencedor de Bailen: era sí reflexivo en las ideas y prudente en el consejo: consideraba que las tropas francesas que tenia al frente eran superiores en calidad y en número á las de su mando, y no queria aventurar un lance. Se acordó acometer á los franceses en un consejo de generales, mas hubo de suspenderse el ataque por las tristes noticias recibidas del ejército de la izquierda. Recelándose Castaños de los movimientos que veia ejecutar á los franceses en número de 60,000 hombres, situó sus 40,000 á orillas del Queiles entre Tarazona y Tudela. Tratábase del punto que convenia seguir cuando el 19 de noviembre asomaron los franceses por la parte de Alfaro. Diéronse por el general en jefe desde Borja precipitadas disposiciones que no fueron suficientes para ganar la batalla de Tudela, aunque pelearon los españoles con su acreditada valentía. Se dirigió en seguida el general Castaños á Calatayud con las tropas de su mando; allí recibió órden de la Junta central para oponerse por cuantos medios estuvieran á su alcance al paso de Napoleon por Somosierra. Combinó hábilmente un movimiento que le permitió llegar sin obstáculo á Sigüenza, donde le sustituyó en el mando el general la Peña, confiando la Junta central otras comisiones á su patriotismo.

Desde principios de febrero hasta fines de octubre de 1810 fué individuo del primer consejo de regencia. Nombrado en seguida general en jefe del 5.° ejército hizo acertados movimientos en Extremadura saliendo vencedor en diversos combates, y hallándose en la necesidad de adoptar medidas severas no obstante su moderacion para reprimir los desórdenes que se cometian en el distrito de su mando. Asistió con sus tropas á la famosa batalla de la Albuera. En las campañas de los años posteriores contribuyó poderosamente á las operaciones que dieran por resultado las jornadas de los Arapiles, Vitoria, San Marcial y Tolosa.

Durante la guerra de los seis años habian comenzado á agitarse las pasiones políticas: fermentaban cada vez mas á la vuelta del último Fernando, y éste lejos de calmarlas enconó los ánimos á fuerza de ingratitud y de injusticia. Castaños ya anciano entonces no podia mezclarse á las querellas de los que se hallaban en el mas brillante albor de la vida; ni era creible que devorase la ambicion á un hombre colocado en el primer puesto de la milicia, y cuyas sienes ceñian inmarchitables lauros; títulos mas que suficientes para ser respetado por todos los partidos, y para elevarse á una esfera no contaminada con los turbiones de la política militante. Por eso fué capitan general de Cataluña hasta el año de 1820, desplegando moderacion suma y animado de espíritu conciliatorio: en las memorias recien publicadas por el Sr. marqués del Valle de Ribas, consta por documentos auténticos cuánto hizo por salvar al malogrado y benemérito general Laci, á quien condujo á la muerte su infausta estrella. Por eso al restablecerse la Constitucion de 1812, nadie se atrevió á señalarle como autor ni cómplice siquiera de aquella catástrofe, y ocupó una silla en el Consejo. Por eso en la reaccion de 1827 ostentó públicamente su templanza, y siguió gozando de las consideraciones debidas á sus méritos y servicios. Por eso en fin bajo el reinado de doña Isabel II, es igualmente acatado por todos, y con orgullo nacional se cita su ilustre nombre. A pesar de lo avanzado de su edad todavía no hace un año que mandaba el real cuerpo de Alabarderos: como tutor de la reina la acompañó en el pasado estío á los reales sitios de san Ildefonso y san Lorenzo.

Ademas de las muchas condecoraciones del insigne veterano español por acciones de guerra, adornan su pecho las grandes cruces de Cárlos III, Isabel la Católica, San Fernando, San Hermenegildo, el toison de oro y el cordon de la legion de honor, que ha recibido en estos últimos meses del rey de Francia.

Aun entre los que no le conocen de trato goza fama de agudo y sentencioso el Excmo. Sr. D. Francisco Javier Castaños. Todos saben la respuesta, que le atribuye la voz pública, cuando le designó Fernando VII para el mando de los ejércitos de América. Se habla tambien de haberse presentado en la córte por el mes de enero con pantalon blanco, y que como manifestase el Rey su extrañeza, dijo el general con sumo donaire: «Señor, yo estoy en el mes de agosto y por eso vengo de verano.» Desde aquella fecha no habia recibido pagas, y su feliz ocurrencia se las proporcionó aquel dia. Por transmision han llegado á nuestros oidos estas anécdotas: de una podemos dar fé como testigos. A fines del otoño de 1842 hablaba el general Castaños con un amigo en la calle de Santa Catalina.—¿Cómo está Vd. mi general?—Malo, malo, contestó tomando todas sus facciones la expresion de un hombre que sufre.—¿Pues qué tiene Vd.? replicó con interés el amigo.—«Nada, contestó en tono jovial Castaños, y retratándose en su noble rostro la alegría, añadió en voz baja; nada me duele,

pero como soy tan viejo me dá vergüenza decir que estoy bueno.»

Muchas son las nobles acciones de su honrosa vida. En 1841 sonó su respetable voz en el oido de D. Baldomero Espartero implorando gracia para el héroe de Belascoain. Contestó el Duque de la Victoria con una pregunta.—«Diga Vd. mi general ¿qué me hubiera Vd. respondido si en 1817 hubiera yo solicitado gracia para Lacy?—Entonces no era yo regente del reino,» repuso con presteza y aplomo el venerable Castaños. Con efecto su conducta en aquella época da irrefragable testimonio de que Lacy no hubiera muerto si hubiera dependido su perdon de la voluntad del capitan general de Cataluña.

Dificilmente pueden encerrarse en los estrechos límites de un periódico ni aun los principales sucesos de una larga vida, y menos la de un militar ilustre, cuya modestia es un escollo que detiene la planta del que acude á oir de su boca los datos que necesita. Nosotros hemos procurado adquirirlos de personas bien informadas para reunir unos apuntes biográficos al cumplirse uno de los aniversarios de su mayor triunfo. Veinte y cinco años despues de haberle obtenido, recibió el título de Duque de Bailen el general Castaños.

A. F. del Rio.

ESPATOLINO.

XV y último.

Con no pequeño disgusto comenzamos á escribir este último capítulo de nuestra historia, pues creyendo firmemente que todos nuestros lectores están dotados de una sensibilidad esquisita, de buena gana nos excusaríamos de presentar á su vista el triste cuadro final de la vida del bandolero, si no nos retragese del cumplimiento de tan laudable deseo el no infundado temor de que algun aristarco nos echase en cara, como culpa de pereza ó de imperdonable olvido, el dejar sin conclusion nuestra obra.

No detendremos sin embargo la atencion de las amables personas que se dignan prestárnosla, en los pormenores de un proceso criminal cuyo resultado nos seria imposible representarles como dudoso: diremos solamente que transcurrieron muchas semanas antes de que el sumario se diese por concluido, y que ya el pueblo de Roma comenzaba á impacientarse de su larga espectativa, cuando supo por fin que la causa pasaba al tribunal que debia fallarla, y que en la mañana siguiente se abriria la audiencia.

Un gentío inmenso se agolpó en el recinto destinado á los espectadores, dos horas antes de que se presentasen los jueces y los reos. La funesta celebridad de Espatolino y las circunstancias particulares de su captura, escitaban en el mayor grado la curiosidad general.

El horror que inspiraba aquel bandido famoso, cuyas criminales proezas coronó por tanto tiempo la fortuna, y la alegría que todos debian experimentar al ver libre al pais de tan terrible azote, no eran obstáculo para que las almas delicadas execrasen la alevosía de Rótoli compadeciendo á la víctima. Las mujeres especialmente mostraban por el capitan de bandoleros un interés mas generoso que racional.

—Acaso estaba arrepentido de veras, decian: acaso hubiera sido un hombre de bien en lo sucesivo; porque se asegura que está casado con una muchacha muy linda y bondadosa y que desde que realizó dicha union hubo en su carácter una mudanza tan rápida como loable.

Aquella conversion, obrada por el amor, no podia menos de encontrar grandes simpatías en el hermoso sexo. Se inventaron en su consecuencia mil causas extraordinarias á los mas atroces crímenes de Espatolino; se aglomeraron circunstancias atenuantes, y se divulgaron innumerables novelas patéticas y absurdas, para justificar el interés que les inspiraba; sin que tantos esfuerzos de la imaginacion alcanzasen, sin embargo, á producir una historia tan triste é interesante como la verdadera del bandido.

Exaltados los cerebros femeniles con los lindos poemas que ellos mismos engendraban y producian, divulgaban rápidamente sentimientos favorables al reo, y no sabemos hasta qué punto hubiera influido la indulgencia fervorosa de las bellas romanas sobre la opinion general, si algunos hombres reflexivos y severos no hubiesen cuidado de oponer un antídoto, haciendo cundir la natural observacion de que aquella deplorable víctima de la traicion de Rótoli, era culpable de otra mas negra todavía; pues habia intentado comprar su indulto á precio de la sangre de sus compañeros.

Las mujeres tienen un instinto prodigioso de rectitud, y saben distinguir admirablemente los crímenes de las bajezas. Con los primeros son rara vez severas, porque siempre encuentran en ellos algo de terrible y grandioso, que enciende su imaginacion y fascina su juicio; pero para las segundas no hay jueces mas inexorables.

Por desgracia de Espatolino eran completamente ignoradas las circunstancias que disculpaban su traicion, y la noticia de aquella culpa *plebeya* y repugnante, produjo una reaccion instantánea en el espíritu de sus amables protectoras.

El proceso, no obstante, continuaba siendo el objeto de todas las conversaciones, así de las que se suscitaban en los palacios como de las que se seguian en las tabernas. La atencion del público se fijaba tenazmente en el célebre foragido cuya sentencia iba á pronunciarse, y no se admirará el lector de que fuese numerosa la concurrencia en el salon del tribunal, la mañana en que debia verificarse el juicio.

La premura con que acudieron los curiosos de ambos sexos á tomar localidades cómodas, les sujetó á dos horas de espera, y los sordos murmullos producidos por diferentes diálogos á *sotto voce*, no fueron acallados hasta el instante en que abriéndose las puertas de la sala comparecieron al mismo tiempo los jueces y los reos.

Al acrecentamiento de ruido que produjo por de pronto el simultáneo movimiento del concurso, siguió inmediatamente un silencio profundo, y todas las miradas se dirigieron hácia los delincuentes, que se presentaban por primera vez en espectáculo á la curiosidad pública.

Ocupaban el triste banco los ocho bandidos, resto de la fraccion que mantenia el capitan á sus órdenes inmediatas, y estaban ademas *il Silenzioso*, su mujer y Pietro: Rótoli habia conseguido eximir por entonces á su sobrina, alegando su grave dolencia. Espatolino se habia sentado en un extremo del banco y Roberto en el otro, mostrándose ambos serenos, imperturbables, bien diferentes de los demas reos, notablemente abatidos y flacos por algunos meses de encarcelamiento.

Los que habian conocido á Espatolino antes de aquel triste período de su vida, echaron de ver que los surcos de su rostro eran mas numerosos y profundos, y que algunas hebras de plata matizaban su negra cabellera: pero no alteraba ninguna nube la grave serenidad de su frente, y su mirada tenia, como de costumbre, una tristeza desdeñosa y fiera.

Al recorrer con la vista la inmensa reunion descubrió á Rótoli, que habia sido elevado al rango de comisario de policía en premio de sus últimos servicios, y que escuchaba en aquel momento las felicitaciones de algunos de sus amigos. Un ligero temblor contrajo los labios del bandido; pero supo dominar rápidamente su emocion, y despejando sus sienes de algunos bucles que se habian deslizado hasta sus mejillas, volvió su atrevida mirada hácia el tribunal que acababa de constituirse.

Leido que fué el sumario púsose en pié con ademan imperioso, y dijo encarándose á los jueces.

«Señores: sé muy bien que todo está probado y que ninguna esperanza me resta. Tuve la imbecilidad de fiarme de la palabra de honor de un esbirro, y es justo que sufra las consecuencias. Deseo únicamente ilustrar al tribunal evitándole involuntarias injusticias, porque aquí somos doce acusados: pero no somos todos en igual grado delincuentes.»

Volvió á sentarse concluido este breve discurso, y habiendo comparecido varios testigos que depusieron contra él, los escuchó con admirable calma rectificando las inexactitudes en que incurrian.

Confesó plenamente sus delitos que especificó con horribles detalles, notándose que ponia particular empeño en disminuir la culpabilidad de algunos de sus camaradas, é interesándose mayormente por Pietro, cuya inocencia proclamó con esfuerzo.

Su serenidad y atrevimiento tenian absorto al auditorio: sus frecuentes arengas, rápidas, vivas y enérgicas, eran oidas con sorpresa por los mismos jueces: pero solo cuando llegó la oportunidad de hablar en favor de su desgraciada esposa, comprendida injustamente en el proceso, solo entonces fué cuando desplegó en toda su extension y fuerza aquel género de elocuencia brusca y fulminante, cuyo recuerdo conservaron por mucho tiempo todos los que entonces la admiraron.

Su rostro, su voz y su ademan adquirieron de súbito una gravedad imponente, y las reglas oratorias se quedaron muy inferiores á aquella peroracion improvisada, incorrecta, áspera; pero fascinadora por el entusiasmo de una conviccion irresistible.

Suspendióse la sesion, ya muy adelantada la tarde, sin que el curioso auditorio hubiese alcanzado á comprender el resultado que producirian los alegatos del reo principal; pero el dia siguiente y seis mas, que se emplearon en la vista de la causa, dieron suficiente alimento á la novelería de la multitud.

En todas aquellas largas sesiones sostuvo Espatolino la misma tranquilidad y osadía que en la primera habia manifestado, constante tambien en el decidido empeño de salvar á su mujer y á algunos de sus camaradas.

Faltaba únicamente, para que el drama representado ante el público llegase al mayor grado de interés, que hiciese compañía á los salteadores en el ignominioso banco, una mujer jóven y casi moribunda: aquel complemento del cuadro no se esperó en balde; pues todos los esfuerzos de Rótoli no bastaron para impedir que se hiciese comparecer á Anunciata en la última sesion.

Notable efecto causó en el concurso la aparicion de aquella infeliz, flaca, decaida, azorada; pero interesante por el estado ya bastante evidente en que se hallaba, y por un aire de bondad de que no acertaron á privarla todos sus padecimientos. Pero ¿quién intentará la pintura de aquella escena muda y dolorosa de que fué testigo una multitud ávida de sensaciones, y actores lamentables Espatolino y su esposa?

Por primera vez despues de cinco meses de separacion volvieron á verse aquellos dos desdichados: y en qué sitio y en qué circunstancias! aquella fué la mas dificil prueba de que salió triunfante la entereza del bandido; mas ella, la débil criatura, abatida por una larga enfermedad, sucumbió á su pesar, y estuvo por algunos minutos desmayada.

Mientras se le prestaban los necesarios auxilios, lívido y desencajado Espatolino clavábase las uñas en el pecho, con una crispatura nerviosa que en breve se hizo sentir en todo su cuerpo... pero apartó los ojos de la interesante víctima y sin proferir una palabra, sin hacer un gesto, devoró en silencio aquella suprema angustia.

Cuando recobró Anunziata los sentidos y se tomó su declaracion, que fué inconexa y amarga, se la permitió retirarse, lo que ejecutó apresurada y casi despavorida, lanzando sobre su marido una mirada de delirante pasion.

Sofocando con trabajo tantas emociones crueles pidió este por última vez la palabra, y despues de repetir nuevamente la mas vehemente defensa á favor de su esposa, reclamó como única gracia se le concediese una hora de secreta conversacion con aquella desgraciada.

El tribunal estuvo acorde en prometérsela, y procediendo en seguida al fallo de la causa se pronunció la sentencia definitiva. La espectacion del público no podia ser dudosa respecto á Espatolino, y todo el interés se fijó en Anunziata, cuya suerte se anhelaba conocer. La ansiedad no fué por cierto

larga, pues en la misma tarde á cada uno de los comprendidos en el proceso le fué notificada su sentencia, y una hoja volante satisfizo completamente algunas horas despues la curiosidad general.

Espatolino y cinco de sus compañeros fueron condenados á muerte. *Irta Chioma*, Pietro, *il Silenzioso*, y otros dos bandidos á presidio, los unos por diez los otros por veinte años: la mujer del *Silenzioso* y Anunziata á cuatro de reclusion.

Luego que entró en capilla nuestro protagonista mandó recordar á los jueces la promesa que le habian hecho, reclamando su cumplimiento. En efecto, la noche postrera de su vida vió abrirse la puerta del calabozo para dar entrada á su esposa.

Su largo vestido negro contrastaba con la blancura mate de su semblante, que á la escasa luz del opáco farolillo, único alumbrado de aquel lúgubre recinto, presentaba un cierto brillo frio é inalterable como el del mármol. Sus pasos eran rápidos á pesar de la flaqueza que se advertia en su ademan; y sus grandes ojos pardos tenian una expresion extraordinaria.

—Y bien! dijo sentándose en las pajas que servian de lecho al reo. Héme aqui! dicen que me llamas y he venido.

Espatolino se puso de rodillas, y antes de que pudiese articular un acento desahogóse su oprimido pecho con un diluvio de lágrimas.

—Porqué lloras? le dijo su mujer sonriendo con melancólica dulzura. ¿Desconfias de mi perdon? ¿dudas de mis promesas?

Sin darse á sí mismo la explicacion de aquellas palabras respondió con ahogada voz el infeliz.

—Solo me aflige tu suerte y la de mi pobre hijo.

—Tu hijo!... repuso ella con aspecto grave: te comprendo! pídeme lo que quieras.

Procurando calmar su dolor hablóla entonces Espatolino de las grandes riquezas que tenia enterradas en determinados sitios; dióle gracias con efusion por los dias de felicidad que le habia proporcionado con su ternura, y la pidió perdon por los pesares que la habia ocasionado, animándola al mismo tiempo á soportar con resignacion aquel mas terrible, aunque postrero, que le causaria su ignominiosa muerte. En nada empero se extendió con tan dolorosa complacencia como en las instrucciones que quiso dejarla para la educacion de su hijo: nombre que jamás pudo proferir sin acompañarle con sus lágrimas.

Escuchóle Anunziata con atento silencio y sin dar la menor muestra de flaqueza. Aquella calma inesperada comenzó á inquietar á Espatolino.

—Háblame! le dijo fijando en los de la jóven sus ojos solícitos: háblame, Anunziata, pues es la última vez que podré escucharte.

Ella habló en efecto... habló mucho! habló demasiado! Desde sus primeras palabras descubrió Espatolino una verdad bien amarga. ¡Desdichado pecador! aquel momento era bastante expiacion de toda una existencia!!! . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

A las once de la mañana del dia que siguió á aquella noche de inconcebibles sufrimientos para Espatolino, el coronel Arturo de Dainville se hallaba solo, pensativo, en un elegante gabinete de su espaciosa habitacion. Muchos minutos habia permanecido inmóvil y sin dar otras señales de vida que algunos suspiros sofocados, cuando una puerta se entreabrió lentamente, y vió asomar por ella la zalamera cara del nuevo comisario.

Estremecióse el jóven militar, y desvió los ojos con un gesto de repugnancia.

—No se enfade S. E., dijo con melosa voz Ángelo Rótoli. No vengo mas que á deciros como ya queda felizmente terminado *el negocio*. Los cinco perillanes han muerto como verdaderos cristianos; pero *él* como un herege consumado. No ha querido confesarse, ni aun siquiera ver al sacerdote, y en el mismo lugar del suplicio, de donde vengo, dijo que solo se arrepentia de salir del mundo sin haberse bebido mi sangre. ¿Qué le parece á V. E. la contricion del maldito?... Pero murió con valor... eso sí! es menester ser justos.

—Basta! dijo con desabrimiento el coronel. La Italia queda libre de uno de los malvados que infestaban su suelo; pero aun restan muchos, y vos sois el mayor de ellos.

—V. E. se chancea, repuso Angelo sonriendo con desvergüenza. En fin, lo que ahora deseo es que os digneis darme vuestras órdenes respecto á la chica.

—Miserable! exclamó el jóven mirándole con desprecio. ¿Entraba en vuestros cálculos infernales que fuese yo consolador de la viuda del bandido?

—No lo digo por tanto, ilustre caballero, sino que como sois tan compasivo y generoso, espero que interpongais vuestro crédito á fin de que se exima de la reclusion á la pobre muchacha, y se la conceda una plaza en el establecimiento que le corresponde.

—Pues en dónde diablos quereis colocarla? preguntó con aspereza Arturo.

—Donde la corresponde estar, os he dicho, señor excelentísimo: esto es, en el hospital de Orates.

—Está loca!

—Y es una dicha para ella, carísimo coronel, pues le ha dado la manía de creerse reina. Está muy satisfecha por haber podido con sus augustos derechos firmar el indulto de Espatolino, al cual supone ya muy dichoso en un pintoresco retiro con su esposa y su hijo. ¡Es una demencia bien extraordinaria! ¿Creereis que anoche estuvo en el calabozo del reo, que le vió, le oyó, y sin embargo no se le vino al pensamiento la sospecha de ser su mujer? Hablóle como reina á cuya benignidad debia el perdon, y le encargó que hiciese feliz á su esposa por la cual, dijo, se interesaba mucho su real ánimo. Ha trasformado en palacio de mármol mi humilde morada, y desde allí dicta leyes de clemencia á todo el universo, firma decretos, prodiga indultos, y declara á sus ministros que ha venido á reinar sobre la tierra por providencia del cielo, encargada de la alta mision de reformar á los hombres. Solo un momento malo ha tenido esta mañana, porque se encaprichó en que un pájaro negro le picoteaba los ojos, y le graznaba en los oidos; pero espero que pasará bien el resto del dia, pues cuando salí de casa la dejé muy entretenida en discutir con sus consejeros, sobre las ventajas é inconvenientes que ofrecia la abolicion de la pena de muerte.

—Desdichada! esclamó enternecido Arturo, y despidiendo con un gesto imperioso al comisario, añadió rápidamente.—Esa pobre demente corre por mi cuenta; pero guardaos de volver á presentaros delante de mí.

Angelo se alejó haciendo humildes reverencias, y al atravesar el umbral de la última puerta lanzó hácia el gabinete en que quedaba el coronel una mirada indescribible, y murmuró entre dientes.—¡Mentecato orgulloso! si por algun capricho de la suerte cayeses en mis manos... entonces sí que seria Rótoli completamente dichoso!

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

FIN.

POESÍA.

Siempre en la noche compañeros miro
Los árboles, la luna, los luceros;
Mas ninguno de tantos compañeros
Me demanda jamás ¿por qué suspiro?

A la luna le cuento mi cuidado,
Y sigue instable y muda á la voz mia,
Cual mujer ¡ay! envidiosa y fria,
Que el pecho tiene á la amistad cerrado.

No soles, no centellas, no luceros;
Almas son esas luces vacilantes,
Que prestan á los ojos anhelantes
Solo dudosos rayos pasajeros.

Vienen en infinita muchedumbre,
Y oyen mi canto y mi tristeza miran;
Y otra vez silenciosas se retiran
Sin consolarme, á la remota cumbre.

Inmóviles los árboles sombríos,
Como los egoistas corazones,
No oyen la triste voz de mis canciones
Que va á morir sobre sus troncos frios...

Sola yo turbo cuadro tan sereno,
Sola yo altero tan dichosa calma;
Solo inquietud y lucha hay en mi alma;
Solo mi corazon hierve en mi seno!

¿Sola yo? ¡Sola yo, de entre millares
De criaturas, tal vez, la mas dichosa!...
Descansando de fiebre dolorosa
Duerme la tierra en medio de las mares.

Mas recorred su basta enfermería,
Y oireis de trecho en trecho hondos gemidos...
¿Cuántos son, cuántos son ¡ay! los heridos?
La enferma menos grave es la alma mia.

La luna silenciosa y reposada
Que por los aires va, tal vez encierra
Dentro de sí, como la oscura tierra,
Una raza tambien desventurada.

Y tal vez de los nuestros sus gemidos
Están por breve espacio separados...
Y tal vez de ambos mundos encontrados
Se responden en ecos los ruidos.

Leve es mi mal, como mi cuerpo leve.
¿Qué vale ante esa gran naturaleza
Mi canto? ¿Qué mi amor? ¿Qué mi tristeza?
¿Cómo á gemir mi corazon se atreve?

Mas cabe ¡oh! gran pasion en breve pecho,
Grande entusiasmo en reducida frente,
Grande espíritu en mí. Verdad, ardiente
El rayo cabe en limitado trecho.

Quedan mis voces en la baja tierra,
Pero sube hasta Dios mi sentimiento,
Y abarco sola yo en mi pensamiento
Cuanto en su espacio la creacion encierra.

Yo la menor de maravilla tanta
Obra, mi Dios, de tu fecunda mano,
Siento en mi pecho aliento soberano,
Que hasta los mismos cielos me levanta.

¡Y mi amor, mi entusiasmo, mi existencia
Son aura imperceptible de tu aliento!...
¿Quién eres? ¿dónde estás? ¿cuál es tu asiento?
¿Cuál tu grandeza es? ¿cuál es tu ciencia?...

CAROLINA CORONADO.

SONETO.

Á MI GONZALO.

En brazos de tu madre la ventura,
prenda del corazon, tu pecho llena,
sin que tu gozo turbe amarga pena
ni el llanto empañe tu sonrisa pura.
Solo de amor te halaga la dulzura,
que sobre ti derrama en larga vena
y el pecho mio cándido enajena
de tu angélico rostro la hermosura.
Mas ay! que al despertar del dulce sueño,
que encantos presta á tu apacible infancia,
verás del mundo el criminoso ceño.
Y cual la rosa pierde su fragancia,
apenas brilla en el pensil risueño
huirá tu dicha en eternal distancia.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

EL ANTIGUO EDIFICIO DEL COLEGIO DE SAN CARLOS, HOY DE LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS DE MADRID.

Nunca la voluntad soberana de los reyes hizo mejor servicio que dotando á Madrid de un edificio para la enseñanza de la Medicina y Cirujía. La mas noble de las ciencias, la mas útil de las profesiones, como dice *Villemain*, merecia la consideracion y decoro

Retrato de D. Pedro Castelló.

que siempre obtuvo en todas las épocas de todos los gobiernos del mundo. La dignidad de la medicina, primera condicion de su existencia, no puede sostenerse sin que la enseñanza sea tan extensa y fácil como reclaman los adelantos de la época. Una ciencia apoyada en la observacion y la experiencia que constituyen la base del saber humano, para llegar al verdadero *dogmatismo* vértice de la pirámide, como decia *Bacon*, no podria cumplir su alto destino sin una localidad donde se cobijasen las fuentes puras de su tan difícil saber. Bien podrá con el tiempo y algunas mejoras, el edificio que sirve de pretexto al artículo presente, llenar cumplidamente el vacío inmenso que se notaba en la capital de España. Grande, espacioso, sólido y contiguo al gran Hospital que recuerda los bellos tiempos de Cárlos III, reune en su centro y á sus inmediaciones cuanto se necesita para rivalizar con pocos dispendios con la primera escuela médica de Europa.

Habia llegado la cirujía en el siglo pasado á tal abandono que dominadas las universidades por la idea de Galeno «de tener en menos la práctica de las operaciones» no se cuidaban mas que del puritanismo médico, y fué necesario traer cirujanos extranjeros para el servicio de nuestros reyes y ejército. El célebre *Pedro Virgili* avergonzado de tal suceso pasó á Francia con el objeto de instruirse, y siendo cirujano de cámara de Fernando VI propuso á este monarca la creacion de un colegio de cirujía con destino al servicio de la marina; habiendo sido Cádiz el sitio elegido en 1748.

Mas tarde propuso al sabio gobierno del gran Cárlos III la fundacion de otro para facilitar cirujanos al ejército; eligiendo en 1760 á Barcelona como ciudad á propósito. Los pueblos sentian la misma necesidad, y ella sugirió la idea de crear un tercero en Madrid, con las modificaciones que exigiese la diversidad del objeto; habiendo tenido lugar en 1787.

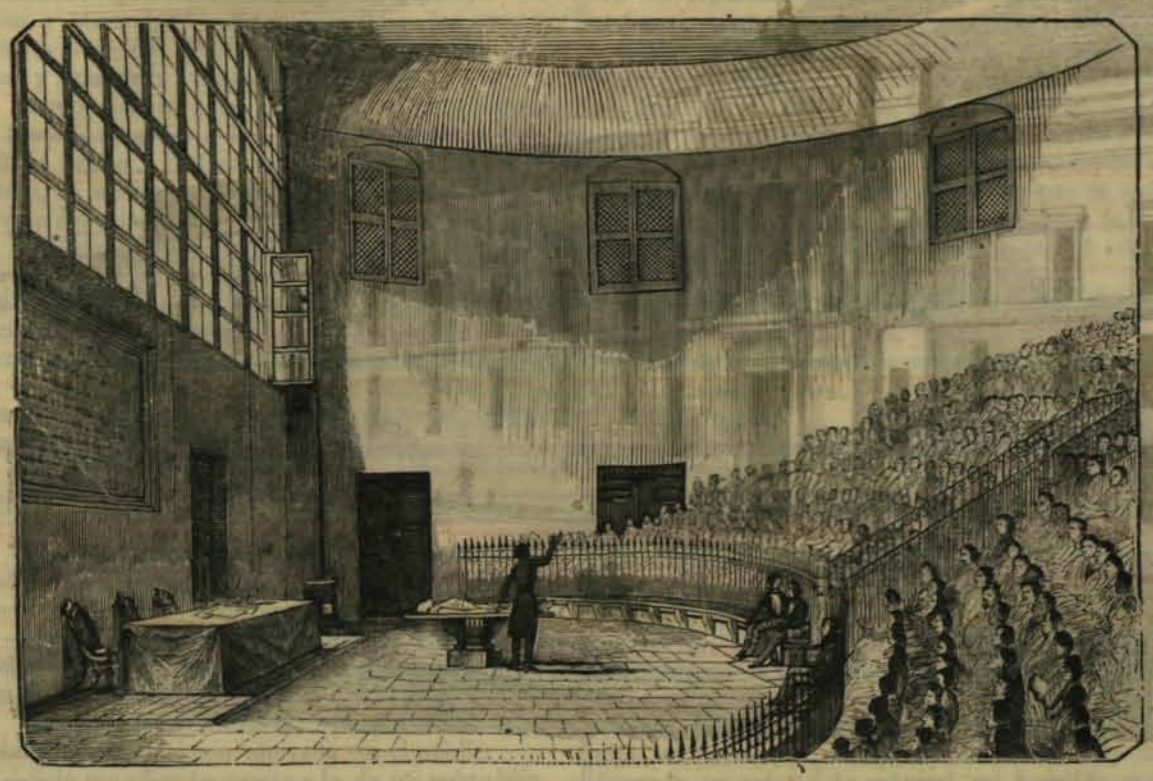
Pensaron primero establecerle en el hospital para la instruccion de sus practicantes, mas luego juzgaron conveniente darle mayor extension para que la enseñanza se comunicase á todo el que quisiese ser cirujano. El ilustre *Gimbernat* sucesor de Virgili aconsejó al rey Cárlos III llevar á cabo tan importante pensamiento; y despues de varias contestaciones, altercados, oposicion, etc., que es costumbre en nuestro pais cuando se trata de mejoras; despues de discutir su organizacion mas conveniente, y calcular el sitio mas á propósito, vagando entre el hospital general, el jardin botánico, el hospital de mujeres, ó una casa particular, fué á parar pro-

Retrato de D. José Severo Lopez.

visionalmente á los sótanos del hospital general á pesar de la real órden de 1783 que señalaba al efecto el de la *Pasion* como lo mas conveniente por entonces. La falta de medios y algunas otras causas, hicieron que continuase la enseñanza en los sótanos del hospital, desde el 1787 hasta el 1821, que

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SEMINARIO MATEMATICO DEL I. S. DE LA XIX

se le concedió el convento de san Juan de Dios sin dejar por eso el primitivo local, á donde volvió con motivo del cambio de gobierno en 1823. La reforma de 1827 llevada á cabo con tanta constancia y laboriosidad como el objeto exigia, hizo indispensable lo que tantas veces se habia pensado. Un paso de progreso en la enseñanza médica que tanto honraba á quien se arrojó con anhelo y constancia para conseguirlo, merecia un edificio que perpetuase el pensamiento que tanto embellecia la ciencia, fundándola en bases indestructibles y á la altura de lo mejor que se conocia entonces en Europa.



Sala Anfiteatro del Colegio de S. Cárlos.

La persona de don *Pedro Castelló*, para quien nuestra gratitud será eterna, obtuvo del rey Fernando VII la real órden de 12 de mayo de 1831, concediendo la gracia que ya su ilustre abuelo habia mandado, por la cual se cedia para colegio el edificio y terreno del hospital de la Pasion. El celo, laboriosidad y constancia de don Pedro Castelló, su amor á la reforma, sus nobles deseos de llevar á cabo tan vasta empresa, consiguieron por fin lo que deseaba: no sin obstáculos de todo género; no sin oposicion sagaz y temible por parte de sus adversarios que hicieron necesarias tres reales órdenes, poniendo hasta la última prueba el favor que gozaba el reformador, y la voluntad del monarca que rechazó por fin toda reclamacion en contra. Solo un hombre que ha gozado por tantos años del favor de un rey, y su ánimo fuerte han podido vencer tantos obstáculos insuperables las mas veces en esta tierra de miserias humanas. Por fin tenemos edificio. Olvidemos lo pasado y... ¡Loor eterno al que tanto bien hizo á la mas antigua de las ciencias! La parte de composicion del edificio pertenece á los discípulos de Herrera, y de ella nada puede decir quien no conoce mas que á Galeno que no entendia de arquitectura. Hay quien dice ser el edificio pesado, de mal gusto, y poco adecuado en muchas de sus partes al objeto, malísimamente distribuido, con omisiones imperdonables, etc.; pero á juzgar por lo que parece mas exacto se resiente necesariamente de haber pasado por muchas inteligencias el pensamiento y la ejecucion. Lo cierto es que con algunos mas gastos de ornato interior que tanta falta le hacen, y algunas mejoras materiales muy fáciles porque todo es espacioso, puede quedar un edificio que llene cumplidamente todas las necesidades, para dar entrada pronto á la riqueza científica moderna de libros, instrumentos, etc., indispensables en la época actual. Quedan á las inmediaciones todavía localidades que podrán utilizarse mas tarde si hay necesidad.

Gabinete del Colegio de S. Cárlos.

La fachada ostenta su grandeza, el bajo relieve debido á la habilidad y fácil ejecucion del señor de Tomas demuestra su objeto; la figura colosal que corona el edificio indica que el todo constituye el templo de Esculapio, cuyo dios representa la figura, obra del valiente cincel del jóven *Medina*. No seré yo quien busque ni una falta al célebre *escultor*, porque para esto seria necesario examinar el cuerpo de arquitectura sobre que está colocada, la imperfeccion de la calle de Atocha, la dificultad de no poder ser vista bien con arreglo á lo que exige el arte, y el precio del trabajo que es la primera condicion. El gran anfiteatro, cátedra principal indicada por la segunda lámina, es grandioso cual ninguno. Tiene graves faltas, y la principal que se necesitan grandes pulmones para poder ser oido el profesor desde la mitad del salon. Falta que debe corregirse, y sobre todo la de ornato indispensable, si ha de ser como merece su grandiosidad. En la pared vertical que corta el círculo hay grabada sobre mármol una inscripcion latina dedicada al célebre don Pedro Castelló: justo tributo á quien tanto hizo para la verdadera enseñanza médica. Despues de mencionar los títulos que adornan al señor Castelló concluye con las siguientes palabras... *in grati animi monumentum, amoris et observantiæ pignus hujus regalis seminarii catedratici. D. O. C.* 1834. A nadie mejor la dedicatoria cuyas letras perpetuarán el paso gigantesco de unir la medicina y la cirujía miembros de un mismo cuerpo que solo la ignorancia y la tradicion han podido mantener separadas. Hay todavía otros anfiteatros pequeños recientemente construidos, destinados á la enseñanza para mejor distribucion de las horas de clases. No sabemos cómo se olvidó en su principio la construccion de varias cátedras en una escuela de tantos profesores. El salon de Doctorado es espacioso, su dosel magnífico; pero carece de ornato, y esto le priva de lucir sus buenas proporciones.

Pasamos por alto varias cosas inútiles para el caso actual, sobre todo cuando no tienen su verdadero destino.

La lámina tercera representa parte del gabinete que contiene una rica coleccion de piezas de cera y algunas de anatomía-patológica. Del primer género rivaliza con los mejores de Europa; del segundo es inferior á muchos, pero puede fácilmente crecer. En él se ven las graves alteraciones que han puesto á prueba la habilidad operatoria de los Ribes, Argumosa, Sanchez, Isern, Toca y otros varios que pudiera citar, émulos ilustres de los Chirino, Fragoso, Agüero, Daza-chacon, Ayala, etc., que brillaron en los siglos XV, XVI y XVII. La famosa coleccion de piezas que demuestran el órgano del oido debidas á la facilidad y hábil ejecucion del jóven *Viñals* que puede competir con el primero conocido; y otras mil piezas debidas á la inteligencia del señor de Bergaz, antiquísimo modelador de la facultad médica. La cuarta lámina representa una de las salas de diseccion, ancha, espaciosa, alta y cumplidamente capaz para llenar bien su ministerio.

Quedan todavía como salas importantes las de las enfermerías, que son muy malas, muy pequeñas comparadas con lo que corresponde al edificio; frias, mal ventiladas, pero que afortunadamente cesarán pronto en su destino para pasar al de gabinetes de física, química y zoología y parte de la escuela práctica; trasladando las clínicas, como es indispensable, al contiguo hospital.

Dichoso noble edificio, que recoges en tu seno la recompensa debida á tanta grandeza y ostentacion. Si dispertase Virgili de su sueño mortal recordaria con entusiasmo haber sido el primero que dió impulso á la cirujía, que estaba próxima á espirar; veria con asombro que los hijos actuales de la siempre ilustre España rivalizan con los de siglos que ennoblecieron y pasaron; que todavía quedan brillantes imitadores de Severo Lopez, Ribes y Morejon; y que si otros paises llevan ventajas al nuestro en cultura y civilizacion, en las ciencias médicas podrán contar mayor número, pero nosotros presentaremos al menos algunos tan hábiles como los primeros, tan ilustrados como los mas eruditos. Altamente ha correspondido á lo que debia esperarse, el Colegio que tuvo orígen en los sótanos del hospital. Si en su orígen como planta naciente apenas se vis-

lumbraba su existencia, ahora el edificio se eleva magestuoso é imponente; y la fama de sus ilustres profesores rivaliza con la ilustracion de los mejores del siglo XIX, estimulando á los aventajados alumnos que llenarán pronto el vacío que todavía se nota. La nueva facultad de ciencias médicas si no sufre algun ataque vicioso de los muchos que acompañan siempre en este pais á las buenas ideas, acabará de completar el cuadro lisonjero para nosotros, de ver figurar á los españoles como deben en los congresos científicos tan frecuentes hoy dia en Europa.

Loor eterno al ilustre don Pedro Castelló que ha fundado la medicina y cirujía española sobre bases sólidas, indestructibles. Las ideas del siglo, la aplicacion, constancia y laboriosidad de sus hijos asegurarán con el reinado de la paz el bien que tanto anhelamos, disputando el cetro de las ciencias médicas á la mas ilustrada entre las naciones.

Sit bonus et doctus medicus
ut reipublicæ utilior.

DR. CALVO Y MARTIN.

BELLAS ARTES.

Su estado actual en la capital de España.—Escultura.—Estatuaria.

ARTICULO TERCERO.

Lentos y poco notables son entre nosotros los progresos del arte de la estatuaria y escultura en general. Este arte es sin disputa el que mayor número de condiciones exige para su desarrollo, y el que mas obstáculos encuentra en los instintos y tendencias de esta moderna sociedad europea, cuyo carácter no vemos aun formulado. La escultura requiere una grande educacion popular, y un sentimiento general de lo bello que no domina á nacion ninguna en nuestros dias. Pero la principal causa del abatimiento actual de esta nobilísima musa, proscrita ahora de su querida Grecia, está en el empobrecimiento del culto religioso, que es el único que puede darle vida.

La escultura monumental no existe ya para nosotros.—Despues de haber producido obras capitales tan maravillosas entre los antiguos, apenas se encuentra su huella en nuestras ciudades modernas. Y es que la escultura no puede vivir sin la arquitectura, y la arquitectura va lentamente degenerando y perdiéndose por el corrosivo influjo de la imprenta. No tenemos ya monumentos hechos para nuestros usos y nuestros hábitos; no sabemos ya construir iglesias ni templos, y aun no hemos aprendido á construir habitaciones elegantes y cómodas, ni palacios, ni teatros. Puesto que muere la arquitectura, forzoso es que el arte monumental perezca todo entero. ¿En cuáles edificios modernos vemos reservar algun lugar para bellas estatuas ó magníficos bajorelieves? Mas aún ¿se ha erigido en nuestros dias algun templo en que pueda exponerse dignamente una imágen de Dios?—De aqui se sigue que nuestros estatuarios no tienen para sus obras ni pensamientos, ni inspiraciones mutuas, ni estudian bajo la influencia de ninguna doctrina, ni encuentran jamás el tipo, la imágen ideal de sus concepciones morales. Pasan los unos la vida entera prosternados ante la forma griega, haciendo continuos esfuerzos para volver á sujetar á ella el arte de nuestros dias, y empeñados en rehabilitar las antiguas tradiciones para hacerse dueños de sus secretos ya desvanecidos.—Resulta de aqui, que por haber hecho una abnegacion completa de su libertad y haberse despojado de sus sentimientos individuales, no alcanzan nunca, á pesar de tantos esfuerzos, mas que una cierta regularidad de formas; pero sus obras carecen de vida, porque en su servil imitacion no han sabido imprimirles el sello de aquella independencia fecunda que eleva el alma hasta la verdadera comprension de la naturaleza. Sus obras por lo tanto no son mas que la representacion, muerta por decirlo así, de ideas muertas tambien hace muchos siglos. Muchas veces no se contentan con revestir nuestro arte moderno de formas antiguas, sino que pretenden reconstruir la antigüedad: quieren fijar el mundo antiguo en medio del nuestro, resucitar con un estudio enteramente material aquellas divinas fábulas de la Grecia, aquella deliciosa poesía que apenas supieron expresar con todos los esfuerzos de su genio, por medio de la estatuaria mas bella y floreciente que vieron los siglos, aquellos mismos hombres arrullados desde la cuna por el lenguaje de los dioses del Olimpo.

Otros artistas, en nuestra moderna Europa, aunque no aun en España, advertidos de que no es posible ya comprender ese bello ideal de calma, de reposo y de eterna juventud, conociendo que lo que mas imperiosamente reclama la sociedad actual es el movimiento y la pasion, que no teniendo religion, ni creencias, ni pensamientos estables, debe todo mostrarnos las vagas aspiraciones que en nosotros mismos sentimos, se han dedicado á reproducir las obras del Renacimiento, donde se halla movimiento libre, y vida en todas sus enérgicas manifestaciones.—Pero esto no es mas que un torpe anacronismo; para nosotros el arte del renacimiento está tan vacío de ideas como el arte del paganismo: su forma no tiene para la presente sociedad ni objeto ni sentido. Es un arte concebido para sabios, para poetas, para grandes imaginaciones, para halagar á los que se acuerdan de lo pasado.

Mayor todavía es, segun nuestros principios, el error de los que por no estudiar ni la antigüedad griega ni el renacimiento, quieren retrogradar hácia el arte sin forma y sin belleza de la edad media. Por medio de la perfeccion de la forma podemos por lo menos elevar nuestra mente hasta una cierta idealidad; pero la escultura de la edad media fué puramente simbólica;—no se advierte en ella mas que un pensamiento único, informe, severo: y este pensamiento no tiene ya voz para nosotros; el alma, nutrida de las ideas de donde el arte emanaba, podia deleitarse en aquellos símbolos, comprenderlos, adorarlos; pero sus imágenes no tienen ya bastante poder, y su forma no es bastante perfecta para conducirnos en su contemplacion hasta la idea abstracta que quieren representar. Hé aquí en ligero resúmen, el gran defecto de la reaccion que dirige la escuela alemana.

La estatuaria no puede en nuestros dias consagrarse al servicio de ninguna doctrina religiosa, de creencia ninguna: no puede hallar su inspiracion primera ni en la antigüedad, ni en un pasado mas cercano á nosotros: no está allí el eslabon perdido de su cadena hoy rota. Es preciso que espere con paciencia la llegada de tiempos mejores, y que se someta á su destino. Una nueva arquitectura le restituirá algun dia toda la importancia que ha perdido. Hasta entonces debe limitarse á aprovechar las tendencias actuales y á hacerse histórica, reproduciendo para el pueblo las imágenes de los hombres caros á la patria ó á la humanidad entera. Tal es á nuestro modo de ver el único destino de la escultura y estatuaria en la presente sociedad.

La escultura es el arte que menos transacciones admite con la moda y el mal gusto: el arte que menos consiente verse desviado de su grandioso objeto para convertirse en instrumento de mero deleite del sentido. La escultura es inanimada é inerte como la materia que emplea cuando no está consagrada á una creencia cualquiera, sea el amor de patria, sea el amor divino, sea la fé en la ciencia y en el progreso de la mente; y el pueblo nunca la recibirá en sus lares si no le sirve para el culto de ninguna de las dos ideas, de la *religion* ó de la *libertad*, de las cuales es siempre mártir.—Por eso la escultura acaba cuando cesa de ser arte monumental; cuando la noble musa destinada á enseñar, instruir, y dirigir al bien, se despoja de su severidad y se prostituye haciéndose *vulgivaga* y divertidora. La escultura, nacida para permanecer íntimamente unida á la arquitectura del templo, del palacio, del edificio público, no puede renunciar á su esencia y carácter; cuando sale de él degenera en una especie de mecanismo trivial y pobre, por cuanto carece de los muchos medios de fascinacion que poseen las demas artes.

Decimos que la escultura exige un culto.—Podrá parecer á primera vista arriesgado este principio: podrá tal vez negar su exactitud el que se fige ligeramente en el hecho de haber florecido los mejores escultores de la antigüedad en las épocas de mayor emancipacion intelectual y de mas notables rebeliones contra la tradicion religiosa y política.—Meditemos sin embargo á fondo este hecho, y veremos por el contrario al artista, ennoblecido con una poderosa iniciativa en la obra de reforma de su siglo, colocarse al frente de la escuela moral y constituirse en apóstol de la creencia religiosa.

El principio religioso, depurándose por decirlo así como la inteligencia del hombre, nos muestra en las obras de este el perfeccionamiento progresivo de todas las concepciones humanas. Los tipos bárbaros, consagrados por una larga costumbre, se desprenden en verdad con trabajo de su primitiva corteza: entre los egipcios el sello primero permanece inmutable aun á pesar de los progresos del artista; pero entre los griegos un sentimiento vivo y delicado de la *belleza* consigue triunfar de la influencia teocrática: y la escuela de Egina, y la antigua escuela Atica atestiguan claramente esta lucha primera en que se establece el pacto entre el artista y el sacerdote, tomando por condicion el respeto hácia los tipos primitivos al reproducirlos.—Las piedras caidas del cielo, los zoquetes de madera cónicos ó informes, pintorreados de cinabrio y revestidos de estofas naturales, se ven reemplazados por imágenes y simulacros que por lo menos muestran humano semblante. Las vestiduras de estas imágenes están esculpidas en el material mismo: sus carnes están representadas con pintura de mejor gusto, y la apolillada clámide recobra, haciéndose de sólido mármol, el brillo de sus antiguas tintas. Nada mas natural y lógico que la oposicion que en todos tiempos ha manifestado el sacerdocio al cambio y progreso de las ideas consagradas: algun poder habia de ejercer el temor de ver perderse las tradiciones y desfigurarse los principios, dado que la primera concesion trae forzosamente otras en su séquito. Mas al salir de la despótica tutela del sacerdocio ¿qué perdieron en Grecia las imágenes y simulacros antiguos? Nada; siempre estos se conservaron, y por eso en un mismo templo se solia ver una imágen informe y grosera al lado de un ídolo nuevo, verdadera maravilla del arte. El arte griego alcanzó su apogeo en la época en que la filosofía, esclareciendo la inteligencia, purificaba el mismo sentimiento religioso, y colocaba en la esfera de virtudes y deberes los mas difíciles sacrificios de las humanas pasiones. El arte y la mente se elevaron de concierto á una misma altura: Phidias y Platon florecieron en el mismo siglo.

Al ver los prodigios que el arte produce concibe el hombre una idea mas perfecta de la Divinidad, y el filósofo procura formularla comprendiendo bajo una misma definicion á *Dios* y á la *belleza*. Esta influencia recíproca del arte y del pensamiento chocaba á los mismos antiguos: y observa Quintiliano que la belleza de las imágenes cedió en incremento de la religion cuando se vió igualar la magestad del arte á la magestad de los dioses... «*Cujus pulchritudo adjecisse aliquid etiam receptæ religioni videtur, adeo majestas operis æquaverit Deum.*»—Véase pues á los escultores griegos al frente del movimiento religioso de su nacion: todos los tipos primitivos se conservaban escrupulosamente, si bien embellecidos: adquirieron nueva vida hipogrifos y centáuros, tritones y sirenas, y otras mil monstruosas combinaciones que como bellas admitimos aún por la fascinacion del arte, por mas que diga Horacio en su Poética con el *risum teneatis*, y á pesar de sernos desconocida su significacion.

Si la escultura ha producido en España algo de notable en nuestros dias, lo debemos ciertamente al culto del amor de la patria, creencia que en la generalidad de las naciones de la moderna Europa ha venido á absorber la llama encendida por todas las demas creencias en el corazon de los artistas.—En el corazon de todo pueblo hay una cuerda que infaliblemente responde siempre que la mano del artista la toca: esta cuerda, que es la del amor propio, legítimo y justo si se quiere, es el medio de comunicacion mas seguro entre el sentimiento vago de la generalidad y el pensamiento meditado del individuo; y de tal manera su vibracion halaga, que si hubiera muchos monumentos públicos que erigir á la gloria de cualquiera nacion, los escultores serian en ella los hombres de mas poderosa influencia y los mas ricos de popular encomio.—Por desgracia esos

gloriosos monumentos sombrean muy rara vez las plazas de nuestras ciudades! Sus costosas moles serian en cierto modo escarnio de la pública miseria!... Y sabe el cielo cuándo llegará una época de abundancia, parecida solamente á la que tan mal emplearon los artistas de los reinados de Fernando VI y Cárlos III, para que asi como alzamos hoy un monumento á Daoiz y Velarde, podamos erigir otros muchos á los hombres grandes que floreciendo en nuestro suelo sembraron en él, no solo la semilla del valor y del heroismo, sino tambien la de la ciencia y de las virtudes públicas y privadas! De modo que hasta que se realice este sueño deslumbrador, y mientras continúe la piedad y devocion de los modernos católicos tan mezquina y tan estéril para las artes como hasta el dia, no hay esperanza de que nuestros actuales escultores puedan constituir una verdadera escuela con su carácter peculiar y privativo.

La falta de homogeneidad en sus estilos acusa desde luego los rumbos diversos que se han visto precisados á seguir, adaptando cada cual su genio á un gusto particular, sin mas norte que el capricho ó el mero instinto de la belleza, la mayor parte de las veces transformado ó pervertido por la educacion y la costumbre.—Todas las obras que salen de sus talleres revelan cual una escuela, cual otra enteramente opuesta, ya la tendencia helénica contraida en el estudio del antiguo, ya la inclinacion á la ampulosa grandeza del siglo de Luis XV, ya por fin el sabor naturalista de la moderna escultura francesa.—Lastimosamente son pocos los trabajos que podemos citar en comprobacion de esta verdad, porque apenas pasan de una docena las estátuas ejecutadas en Madrid en estos últimos años, y seguramente no llegan á media los autores dignos de figurar entre los buenos escultores y estatuarios de Europa.

Las principales obras de estatuaria alegórica de que podemos hablar se reducen á las pocas anejas á las construcciones y monumentos erigidos ó reformados en algun que otro paseo ó calle principal de la córte; las sirenas de bronce de la fuente Castellana, la Fidelidad presentada en la exposicion del Liceo, las dos figuras de yeso del antiguo cuartel de la Milicia Nacional, con los bajo relieves de su fronton, las cuatro estátuas que rodean el pedestal del obelisco del Dos de Mayo, el grupo que corona la fachada de la Escuela de Medicina con el bajo relieve de la misma, y por último las dos representaciones de los rios Manzanares y Jarama que acaban de colocarse sobre las fuentes del pedestal del caballo de bronce en la plazuela de Oriente. De estas obras hay algunas que merecen nos ocupemos detenidamente en ellas.

Ocurre desde luego acerca de estas composiciones alegóricas, que sus autores no pueden menos de ponernos en la dura necesidad de estarlas contemplando largo espacio sin comprenderlas, precisándonos por fin á recurrir á un benéfico letrero dorado, ó á su misma amabilidad, para salir de nuestra curiosidad y apuro.—Asi, por ejemplo, dificil le seria al mas perspicaz, al observar las estátuas del obelisco del Dos de Mayo, imaginarse que una hermosa matrona, cuya cabeza ciñe una bien dispuesta corona de flores, y que tiene la mano derecha descansando sobre un gran disco en cuyo grueso están representados los signos del Zodiaco, al paso que con la izquierda empuña un cetro, ha de representar la vaga é indeterminada entidad de *la Virtud*: que un mancebo que tiene grandes alas, y una llama en la cabeza, y en el pecho otra llama sobre la cual pone la mano izquierda, teniendo con la diestra una espada, significa *el Patriotismo*, cuando por todos los caractéres mencionados pudiera ser una fiel imágen de *la Intolerancia*, segun la fea amalgama de fuerza bruta y amor divino que erigieron en númen los inventores de la Inquisicion.—Mas estos no son defectos de los cuales pueda hacerse responsable al artista: hay entes morales que no admiten representacion simbólica de ninguna especie habiendo de ser meras *estátuas*.

El *Valor* y la *Virtud*, obras de los señores don José Tomas y don Sabino Medina, son en nuestro concepto las dos estátuas mejores entre las citadas.—Las otras dos del obelisco carecen en cierto modo del carácter monumental imprescindible en esta clase de escultura: sus actitudes tienen una apariencia mas pasajera y mudable por decirlo asi: pues aunque reconocemos muy buenas cualidades en su ejecucion general, y bastante elevacion de pensamiento en la concepcion de las dos figuras que alegóricamente habian de representar el *Patriotismo* y la *Constancia*, ya sea por los accesorios que rodean el primero, ya por la versatilidad é indecision que dá el contorno movido de la segunda á los paños que la cubren, ambas figuras nos ofrecen al primer golpe de vista como una idea de haber pertenecido á otro monumento de carácter diverso al monumento que ocupan. La estátua de la *Virtud* por el contrario parece no poder subsistir sino en este monumento mismo, la grandiosidad de sus formas, el estilo castizo de sus paños dispuestos en masas con suma economía de pliegues pequeños y accesorios, el elegante contorno que de todos lados presenta, el reposo completo que reina en aquella actitud, y por último la gracia y esbeltez de la parte de desnudo, al cual levemente se adhieren la túnica y el manto, hacen de dicha estátua uno de las mas felices trabajos de nuestra escultura, y colocan á su autor entre los que con mas fortuna saborean la esencia híbrida del seductor materialismo griego.

Las representaciones de los dos rios que adornan las fuentes de la plaza de Oriente pertenecen á otras dos distintas escuelas.—Estan aquellos figurados como usaban representarlos los antiguos, en forma de ancianos recostados en herbosa tierra, con sus ánforas: mas en estos está sobradamente indicado el modelo natural y demasiado olvidada la parte alegórica. El que mira á palacio, obra de D. José Tomas, es seguramente rico de invencion: aquel laborioso artista no se ha limitado á hacer solo la figura del númen anciano: al lado del rio que está gravemente apoyado sobre el ánfora que vierte el agua, ha puesto dos graciosos niños, uno de los cuales con infantil avidez alarga la mano hasta la boca de dicha ánfora para recoger agua en un vaso, y el otro asiéndose á la espalda del rio procura sostener á su compañero para que no se resbale.—Pero tanto el uno como el otro rio carecen de aquella grandeza que con tanto acierto sabian dar á semejantes alegorías los poetas-pintores Vinci, Rafael y Pusino.—Una cabellera larga y tendida, como salida de las ondas, una barba igualmente larga, undosa y sencillamente repartida, una frente coronada de espadañas y ligeramente inclinada, en armonía con la natural gravedad de todas las producciones acuáticas, hubieran dado seguramente á aquellas cabezas mayor magestad y nobleza: y si á esto se hubiera reunido una eleccion mas acertada en la postura de ambos rios para que el mérito de la verdad y la imitacion del natural no perjudicasen al decoro y á la elevacion de que debe estar revestida toda obra de este género, hubieran evitado los autores de dichas estatuas que la primera impresion que ellas causan fuese menos agradable de lo que debiera ser. Y en efecto, antes de hallar en ellas á los dos rios Manzanares y Jarama, solo descubre la vista á dos viejos medianamente endurecidos y secos, tendidos sobre la tierra, y mostrando sin rebozo la anatomía de sus piernas.

La escultura monumental ha sido mejor comprendida por el citado señor Medina en el grupo de Esculapio con el Telesforo, que corona la fachada de la Escuela de Medicina. En la figura del dios hay gran sencillez y severa magestad: su cabeza es una feliz inspiracion de aquellos tipos *Homéricos* antiguos que solo se estudian en los mármoles de Atenas y Roma: el niño Telesforo, que representa la convalecencia, forma con el Esculapio un conjunto donde agradablemente reposa la vista sin que la distraigan importunos accesorios.—El capotillo que le cubre cae naturalmente, y asi en él como en el manto del dios de la medicina no hay mas movimiento que el absolutamente necesario para ser lo que son.—El defecto imperdonable en este grupo es su mala colocacion: con ser tan ancha la calle no hay en ella punto de vista para dicha obra, y mirado el Esculapio de frente, el punto mas lejano le hace aparecer con las rodillas en la mitad del torso.—Cosa rara; los escultores de la pasada centuria que tantos mármoles estropearon con su detestable y amanerado cincel, eran inimitables en el arte de colocar sus estatuas. Con sus paños volantes y sus actitudes indecisas y teatrales, todos sus figurones llenan perfectamente su hueco, y apenas se encuentra uno que la perspectiva haga aparecer deforme en las proporciones.—Hasta aquí de la estatuaria aneja á los monumentos. La escultura de estos se reduce á unos cuantos bajo-relieves, entre los cuales se distinguen los del señor don José Tomás.

De arte llamado *fragmenticio* debemos mencionar dos obras, cada una de ellas notable por su estilo; cada cual inspirada por el apego á una creencia diversa;—el *S. Gerónimo* presentado en el Liceo por el señor Piquer, y la *Euridice* del citado señor Medina.—En el primero el pensamiento es espiritualista y la huella naturalista: en la segunda la idea rinde su culto al sensualismo, pero la ejecucion tiende al bello ideal de la antigüedad. ¿Qué le falta á la Euridice del señor Medina? El ser una obra para su siglo; el no ser un hermoso fruto vano en su interior como las producciones del mar Muerto,—porque las inspiraciones mitológicas son aguas muertas que no fertilizan el cerebro.—¿Qué le falta al S. Gerónimo del señor Piquer?—El serlo; y no parecer un cenobita cualquiera, temeroso de la ira del Eterno, y reducido por su absoluta desnudez á la triste condicion del hombre primitivo;—porque si bien es cierto que S. Gerónimo pudo alguna vez estar en el desierto desnudo, no es asi como una imaginacion medianamente ilustrada concibe al gran filósofo del siglo IV, al sublime doctor de la Iglesia, al profundo preceptor de las vírgenes de Roma, al hombre celebérrimo que juntaba todas las perfecciones de la ley evangélica á todas las dotes de la admirable civilizacion antigua. Si nos dijera el señor Piquer que su estatua representa á un santo anacoreta desconocido, no veria salir la menor crítica de nuestra pluma: tanto hallamos que encomiar en la ejecucion de su obra con respecto á la verdad y fiel imitacion de la naturaleza. Mas porque nos dice que quiso reproducir la colosal figura del sabio intérprete de las Escrituras, nos vemos precisados á declararle que en nuestra opinion su deseo quedó fallido. Pero cuántos genios verdaderos no tropezaron en el mismo escollo! La mistica en la estatuaria exige todas las grandes circunstancias que concurrieron en el siglo de Leon X.

Es el arte como todo lo que en la tierra nace, como la flor, como el ave; es preciso que reciba del cielo el rocío vivificador, que se inspire de la verdad pura para engendrar el bien; pero el bien que es esencialmente el objeto final del arte cristiano solo puede lograrse por medio de la belleza, de la nobleza, de la mayor elevacion posible del pensamiento.

Lo imponente, lo bello, lo sublime,—la ciencia, el amor, la fé—son velos que la criatura penosamente levanta para llegar á ver *lo infinito*; pero el último velo solo la muerte lo descorre!—Tanto que pudiera decirse que el gran zócalo del arte, la basa verdadera de la obra del hombre es la tumba.

(Se continuará.)

PEDRO DE MADRAZO.

D. LIBORIO DE CEPEDA.

Lance original semi-serio, con las licencias necesarias para llamarse novela.

CUADRO I.—Suple Patres.

No hay cosa mas general, ni mas descabellada por lo tanto, que esa maldita mania en que ha dado la juventud de ambos sexos de enamorarse mutuamente y hacer mil sacrificios un muchacho de veinte años por llamar hácia sí las miradas de una niña de diez y ocho. Cualquiera dirá que esto es lo mas natural, y que contrariar una costumbre de toda la vida y una necesidad que nació con Adam, es una ridiculez y sobre todo una cosa imposible. Yo tambien, por desgracia, creia lo mismo, y ahora me hallo en el caso de probar lo contrario refiriendo casi gratis á los suscritores, y gratis del todo *á los lectores en comision* (1), un LANCE ESPANTOSO OCURRIDO EN ESTA CAPITAL.

Figúrense Vds., si no lo han á mal, un padre viudo de setenta años, con una hija única de diez y ocho, bonita, sencillita y recogidita, con una educacion en onzas de oro que está diciendo *comedme*; á merced de una bruja de cincuenta inviernos que con el carácter

de ama de gobierno despide, recibe, toma, dá y vuelve locos á los demas criados; declara guerra abierta al casero, llenando de chismes la vecindad; reprende á su amo, le indispone con todos sus amigos, sirviéndole de mujer buena en los juicios conciliatorios, á que da lugar con su chismografia, y últimamente se titula madre de la niña para manejarla á su antojo, sin desmentir en nada su *facha encubridora* y satánica.

Iba de visita á la casa un jóven alto, delgado, pelo negro y ojos negros tambien, aunque con el parapeto ó para-ciegos de Rudaguas; de una figura algo elegante, pero que nada tenia de particular, si se exceptúa el ser uno de esos enamorados á la tremenda, de cuantas contemporáneas feas ó bonitas no suben de veinte, ni bajan de quince, segun la receta de los peritos.

Ricardo, que asi se llamaba, ó le llamaban á nuestro jóven, trató de conquistar primeramente al ama de gobierno, sin cuyo indispensable auxilio nada hubiese conseguido en sus amores con la pupila, y no perdonó medio alguno para conseguirlo, iniciándose en todos los asuntos doméstico-chismográficos, que pudiesen ilustrar la diplomática cabeza de doña Eustaquia.

(1) Tengan paciencia los que no entiendan esta calificacion porque está en prensa un articulo esplicando qué casta de pájaro es la persona que lee gratis.

Malos ratos pasó el infeliz en ese tiempo, y muchas veces estuvo á punto de pasar la noche en el cuerpo de guardia inmediato, por estar escuchando á las puertas de la vecindad, para ir provisto de encantos á los oidos de la incansable bruja.

Cuatro meses anduvo el elegante Ricardo en tan honrosa profesion, antes de conseguir que la dueña del medio siglo se prestase á servirle de corre-vé-y-dile; pero apenas hubo recibido la estravagante, aunque satisfactoria contestacion de la niña de *espaldas relucientes*, emprendió tranquilo un viaje, que habia retrasado por aquellos ó por otros amores; que este es el único punto oscuro de la tradicion.

Mientras estuvo fuera de Madrid, recibió varias cartas de la vieja y de Pilar (ese era el nombre de la jóven), en que le aseguraban, la una por poderes, y la otra en representacion suya propia, un amor sin límites, y una constancia, como por escrito. La primera le prometia engañar al padre, suponiendo en su hija una pasion de ánimo, para obligarle á consentir en el matrimonio, y la segunda le ofrecia fingir (por una sola vez, y sin ejemplar) cuanto fuese necesario al mejor éxito de la tramoya.

Entusiasmado con esto el jóven, aligeró su vuelta, y pronto se halló de retorno en Madrid, y en casa de su adorada, con un millon de preguntas de la vieja, una vara de hocico del padre y una carta diaria de la niña, á quien apenas podia dirigir una sola palabra! porque avisado el viejo D. Liborio por un alma caritativa, segun ella, y muy oficiosa, segun Ricardo, para que observase los amores de su hija con el mocito del pelo negro, evitaba las entrevistas de los amantes todo lo posible.

Doña Eustaquia seguia imperterrita su honroso destino, y echándola siempre de protectora de la juventud, llevaba los billetes del novio á la novia, y vice-versa, sin descuidar el punto mas importante, que era hacer desistir al septuagenario señor de una boda, que tenia medio en ajuste con un tal D. Joaquin, meritorio de rentas y huérfano.

Cada hora que la dueña destinaba á la conversion de don Liborio era una mezcla de risas, de amenazas, de arrumacos y de gritos, enciclopédicamente

alternados é invertidos. Nada era suficiente para que el viejo anulase el ajuste que habia tratado con la mano de su hija, y la figura *económica* de su presunto yerno. Antes por el contrario, el diablo inspiró á don Liborio una idea que dió por tierra con todo el entusiasmo predicador de la misionera; y la que fué por lana, la que pensaba engañar á su amo con los desmayos de su señorita, quedó aterrada, confundida y en pecado mortal, como decia el casamentero señor, por haber hecho pacto con un herege revolucionario; pues por tal tenia su amo á Ricardo cuando con tanto descaro gastaba melenas y perilla. Oh! don Liborio era un lince para esas cosas. Se sabia de memoria el catecismo, y decia que mientras él viviese no habria miedo que se agotára el último ejemplar, porque su cabeza encerraba una edicion completa. Por el principio de don Liborio los calvos no servian para las revoluciones, y los rapa-mandíbulas y peluqueros podrian librarnos muy bien de los revolucionarios, y estirpar las heregías con las tijeras y las navajas.

Pero dejemos á Ripalda en la cabeza de don Liborio, de la cual no saldrá nunca, gracias á la imposibilidad de concluir las ediciones billonésimas del catecismo, y volvamos á los amantes, sin perder de vista á la escomulgada dueña, que ni se atreve á estar á solas con Ricardo, ni deja de bañar en agua bendita todas las *cartas que de su mano vienen*, para evitar á la niña los conjuros que necesitaria, si las leyese á secas.

Molestada continuamente Pilar por su padre para que contragese esponsales con el huerfanito, no dejó de contárselo á su amante, diciéndole al mismo tiempo que no tuviese cuidado, pues cabalmente era un hombre muy estrambótico (y la pobre niña tenia razon) el candidato que la presentaban, y que era suficiente para merecer su indignacion haberse declarado á su padre, sin haber contado con ella primero. «Eso es andarse *por las ramas*, le escribia, y amoríos de chupa y espadin propios del siglo pasado, no me han gustado nunca.»

Infeliz! qué poco sabia lo que son ramas del siglo XIX! Aquello justamente era ir derecho á la raiz. Asi se lo decia el presunto yerno al futuro suegro, con una voz de gallo en falsete que á saberla yo poner en música, ya me lo agradecieran los lectores.

—Yo no soy de esos calaveras románticos (palabra nauseabunda, que repetimos por la precision histórica) de esos que... Jesus qué horror!... Sabe Dios lo que harán para engatusar á las mujeres... á fé que yo apenas tengo el honor de conocer á su señora hija de Vd... y seré muy capaz de casarme con ella... es decir si Vd...

—Oh! no tengas cuidado, hijo mio, replicaba don Liborio estrechando entre sus brazos al afeminado pretendiente, y empaquetando su barba en el ojo derecho del galancete en cuya colorada mejilla brillaba un líquido amarillento y viscoso, que tenia comunicacion con el que bañaba los labios del anciano suegro; pues qué, habia yo de consentir que mi hija se casase con un atolondrado, libertino, impío, y sin religion?... Jesus!!!... Un herege en la familia de los Cepedas... parientes por línea recta de una santa escritora... y mas de cinco entre beatos y beatas? Ademas que no puedo aunque quiera, porque el catecismo está esplícito y terminante: «Darles estado no contrario á su voluntad.»

—Pues en ese caso... replicó asustado el pruchinela, Pilar está enamorada de otro.

—Bien, y qué saca Vd. con eso.

—Lo que es yo... nada... pero como ella no me quiere... y la voluntad....

—Hombre, Vd. no entiende el espíritu del catecismo! Ese *su*, quiere decir la voluntad de los padres.... *suple patres*... que dicen los latinos... ¿Cómo quiere Vd. que se dejase á la eleccion de la juventud una cosa tan árdua...? El matrimonio es una cosa muy séria, amigo... Soy yo con setenta y tantos del pico, y aun me parece....

La entrada del ama de gobierno suspendió la conversacion.

Pálida, llorosa, verdinegra y convulsiva, apenas hubiera acertado á hablar una sola palabra, si el viejo no la hubiera animado, diciéndola:

—Qué tienes, mujer... qué te ha ocurrido?

—Ah! qué infames.

—Pero ¿quién ha sido... dónde están...?

—Ladrones tal vez...? dijo azorado D. Joaquin, asomándose á medir la elevacion de la ventana.

—Ojalá!... exclamó la dueña con tono fatídico, pero algo mas recobrada del susto... Es la justicia!!!... el jefe político que está esperando á Vd. en el gabinete...

—Y qué tiene... que hacer aqui la autoridad civil?...

—Eso es, mujer, qué tiene que hacer la autoridad?

—Llevarse depositada á la señorita.

—Desventurada!!! exclamó D. Liborio saliendo del gabinete.

—Pero ella... se resistirá? dijo don Joaquin algo repuesto del susto.

—No señor, replicó la vieja, la señorita es cómplice, y me ha llamado bruja.

—Eso mas! exclamó don Liborio al salir del aposento.

. . . . . .

Y para que el lector no se incomode en cruzar los pasillos que anduvo el buen señor en busca de la autoridad, damos fin al cuadro primero, haciendo antesala en el

CUADRO II.—Ni por esas.

El primero, y esto indica cuando menos que hay un segundo, de los pensamientos tristes y dolorosísimos que me ocupan en este momento, es el de tener que renunciar á mi estilo festivo, convirtiendo estas líneas en otras tantas lecciones morales; y el último dolor de la amarguísima pareja, es el que los héroes de esta historia me obliguen á echarla de moralista, con sus travesuras los unos, y con la mala interpretacion del *su* doctrinal, los otros.

Y es el caso, lector, que mientras tú andabas midiendo con tu vista las líneas del cuadro primero, el buen don Liborio cruzaba precipitado los pasillos que separaban su gabinete de la sala de recibo donde le esperaba la autoridad civil.

Mas de una vez á pesar de lo inquieto que le traia aquella visita, se paró á considerar en lo horrible de su situacion, sacudiendo las manos sobre su anchurosa frente, reprendiéndola porque no le aconsejaba un medio que librase á la familia de los Cepedas de aquella mancha que las sugestiones del diablo iban á echar en su árbol genealógico ileso hasta entonces de raptos, fugas y depósitos judiciales. Nada le ocurria al pobre anciano para defenderse de la conspiracion masónica, como él decia, y confiado en que su presencia intimidaria á la muchacha, entró precipitado en la sala, dando frente al sofá en que se hallaban colocados los individuos de la comision judicial.

Alto y grueso con una cara mas ancha que larga era el primero de estos personajes tomados en cuenta por el escalafon aristocrático; sus ojos negros y rasgados, lanzaban ciertas miradas diabólicas, de esas eléctricas que chispean en la oscuridad; sus mejillas de un carmin hermoso, parecian *hechas de encargo*, como dice el vulgo. Sobre sus sienes y en derredor de la oreja, caian algunos rizos negros y graciosos que contrastaban con la blancura de sus facciones; y dos filas de dientes de un esmalte finísimo, suficientes para acreditar al dentista menos afamado, hacian alarde de su igualdad y brillantez, bajo los pabellones del bigote, que ni *pintados* pudieran ser mas negros.

Un traje, negro tambien, completaba la elegancia de aquel personaje, cuya minuciosa descripcion habrán de perdonarme los hombres, y agradecerme las mujeres, puesto que las doy buenos mozos... por escrito; y no sé yo cómo se llamará esta ocupacion.

El reverso del anterior seria el otro viviente, que no me atrevo á llamar personaje, si la estatura le permitiese formar pareja con cualquiera que pasase de cinco cuartas.

Junto al codo derecho del jefe político, se descubria una enorme nariz aguileña, que á no estar ya destinada para sostener dos enormes discos de cristal con sus correspondientes conductores metálicos, hubieran podido servir en tiempo de siega al mas laborioso jornalero. A cada lado de aquel alfanje morisco, brillaba un punto pardo, de los que el vulgo llama *ojo de gato*, y que, sin embargo, eran propiedad del escribano don Diego Lopez de Pedraza, dueño tambien de una protuberancia carnosa, que colgaba de su mejilla izquierda; y legítimo poseedor de una barba puntiaguda, que se comunicaba con las narices, toda vez que la conversacion lo exigia asi.

Apenas hubo D. Liborio entrado en la sala, cuando los enemigos indirectos de su tranquilidad y planes casamenteros, se pusieron de pié, y despues de algunos saludos mútuos y prolongados por parte del amo de la casa, tomaron asiento todos.

El padre de Pilar llevó la mano al bolsillo de su anchurosa bata; pero la retiró avergonzado, prefiriendo enjugar con sus cenicientas pestañas, las lágrimas que empezaban á oscurecer sus ojos.

El jefe político ocultaba su emocion, pasando la mano por entre los rizos de su negra cabellera, y entrelazando los dedos de la otra con la cadena del reloj.

El rostro del escribano era el único que brillaba de alegría, cambiándose en una expresion afectada de sentimiento, siempre que sus miradas se encontraban con las de D. Liborio, que con voz balbuciente, aunque aparentando serenidad é indiferencia, demandó á la autoridad el motivo de semejante visita.

El jefe político trató de dominar el escepticismo propio de quien nada le iba en el asunto de que se trataba, y aparentando sentir el disgusto que ocasionaba con su comision, indicó al viejo el motivo de su visita.

—Ese hombre no lleva otra mira que la del vil interés! exclamó D. Liborio dirigiéndose á la autoridad. Créame Vd., amigo mio, el vil interés le ha hecho poner los ojos en mi hija... pero cuando sepa que su padre no está obligado á darla nada.

El escribano salió de su distraccion al escuchar estas últimas palabras, y repetia en voz baja:

—No tiene obligacion de darla nada... aun estamos á tiempo.

D. Liborio hizo un esfuerzo para recobrar su energía, y sacudiendo con precipitacion la campanilla que estaba sobre la mesa, logró que Eustaquia compareciese allí.

—A la señorita que venga, dijo con cierto tono de autoridad paternal; y la dolorida dueña desapareció cumpliendo la órden de su amo, pocos minutos despues.

Pilar entró en la sala, y de nuevo se levantaron los comisionados saludándola con el mayor cumplido.

La pobre niña estaba pálida, pero serena, y acercándose con desembarazo al infeliz anciano le dijo:

—Qué tenia Vd. que mandarme, papá?

Esta pregunta, que cualquiera hubiese creido inocente y franca, no lo era en verdad, y D. Liborio lo sabia asi. Acordóse en aquel momento de que su hija habia llamado *bruja* á su ama de gobierno, y no pudiendo contener su indignacion la contestó en términos poco á propósito para corregir faltas de esa clase.

El corazon de la mujer á los diez y ocho años exige mucha observacion por parte de los encargados de educar esa preciosa mitad del género humano; las pasiones amorosas son el alma del sexo hermoso, en esos cinco años de crisis fatal, que decide casi siempre la suerte futura de la mujer. Nada halla eco en sus corazones en esos años de amor si no se dirige á fomentar la pasion ó á tolerarla cuando menos; por eso se necesita mucho cuidado para combatir sus caprichos, y mas aun para desarraigarlos. De ahí nace la facilidad con que abandona una jóven el hogar paterno, y no de otro modo se explica la causa de que desoigan á esa edad los consejos de sus cariñosos padres, escuchando las imperiosas exigencias de un hombre á quien apenas conocen, y que solo han visto hacer cuatro piruetas en un baile, ó echar dos bocanadas de humo á la esquina de una calle.

D. Liborio conoció bien pronto que aquel medio era inútil, porque su hija le respondió con resolucion y firmeza:

—Sentiria disgustar á Vd., padre mio, pero... estoy dispuesta á todo... y Ricardo...

—Es imposible, hija mia, serás infeliz!

—Oh! no tal, padre mio... él me ama... y yo á él...

—Pero es un hombre sin ocupacion... no hace nada... ni tiene nada...

—Y eso qué importa?... cuando hay amor...

—Á secas?... dijo el escribano *sotto-voce*, pues no hace falta otra cosa para morirse de hambre...

Y continuó maldiciendo entre dientes todas las novelas habidas y por haber que no llevasen por lema: *Contigo pan y perdices*.

El pobre D. Liborio desesperado con la insuficiencia de sus palabras, dió paso libre á las lágrimas que habia detenido por mucho tiempo en sus ojos, y abandonó su cuerpo sobre el sillon.

Doña Eustaquia que á través de la cerradura habia observado el movimiento de su amo, acudió con diligencia al sitio de la catástrofe, y agitando afanosa un enorme abanico ante el rostro de su acongojado señor, pronunciaba la siguiente filípica contra la impávida jóven.

—Ay, señorita... señorita... y cómo se la conoce á Vd. el mimo que la dieron cuando muchacha... allá lo habrá visto su difunta madre de Vd... hija desobediente!... Por un mason!... Huy!... Jesus me valga! añadió con un gesto diabólico y estraño.

La autoridad aprovechó la ocasion en que el viejo estaba medio desmayado, y salió del aposento con Pilar apenas esta hubo besado la mano de su anciano padre, á quien dejaba en tan crítica situacion, abandonándolo tal vez para siempre. El escribano apretó con fuerza la mano de la vieja, diciéndola:

—A su amo de Vd. que luego vendré por aqui, que no tenga cuidado.

—A qué ha de volver Vd. aqui? exclamó la dueña asustada.

—Todo se arreglará!!!

Y llevando el dedo pulgar de su mano derecha al extremo de su nariz, punto avanzado de sus labios, la indicó que callase, y no preguntára mas.

Por cuya razon guardo ya silencio hasta que el escribano disponga otra cosa, que tal vez sea en el cuadro siguiente.

CUADRO III.—El Escribano.

Poco entendida doña Eustaquia en el idioma ocular y nada observadora de los dialectos mudos, tenia ademas una aversion decidida á las ratoneras vivientes, y jamás habia podido estar frente á frente de ninguno de esos carabineros de despensas y cocinas, por miedo, segun decia, mas de sus uñas que de sus bigotes. Cualquiera que no hubiese tenido esa fatal preocupacion hubiera dado por concluido el estado congojoso de D. Liborio al ver la revolucion extraña que hicieron en un momento los puntos pardos que el escribano Pedraza tenia en el mismo sitio que todo buen cristiano tiene los ojos. Pero la pobre dueña no pudo apreciar aquella mirada maligna y traviesa que el apéndice humano de la comision judicial habia lanzado al abandonar el aposento.

El aire fresco y continuo, que merced al *pericon* del ama de llaves, circundaba el arrugado rostro de su amo; el beso frio y respetuoso que mas por costumbre que por humildad habia estampado Pilar en la mano de su padre; y finalmente la promesa verbal del escribano hicieron que D. Liborio volviese en sí, no ya sereno y tranquilo como antes, sino con un acceso de furor que pudo haber servido muy bien para que doña Eustaquia aprendiese de una vez todo el *Panléxico* (1) de las miradas, á no apartarla de sí su señor con poca amabilidad por cierto.

—Quítate de mi vista, basilisco, la dijo rechinando los dos únicos testigos huesosos que de sus mocedades conservaba en la boca. *Vade retro*... dueña de satanás... mujer ingrata... Lucifer con faldas... sal inmediatamente de mi casa, y no te vuelvas á acordar de quien tantos beneficios te hizo depositando en ti toda su confianza... La tierra se ha de abrir algun dia para tragarte...

Aun no habia concluido D. Liborio su terrible anatema y ya la vieja estaba de rodillas ante él pidiendo perdon de sus faltas, y regando el pavimento con un líquido blanco-sanguíneo que salia de sus ojos en gruesos glóbulos, que chocando con otros carnosos y abultados que emberrugaban el rostro de la dolorida dueña, perdian su forma esférica antes de llegar al suelo.

Imposible le hubiera sido al enfurecido anciano continuar su tremenda jaculatoria; «el asi como nosotros perdonamos» le hizo volver la cabeza para ocultar sus simpáticos lagrimones, y el líquido espumoso y corrosivo que momentos antes brotára de sus labios desapareció repentinamente, no sin haber cambiado el verde en amarillo en tantos puntos como gotas cayeron sobre su bata.

La desconsolada Eustaquia creia que D. Liborio huia de su presencia sin perdonarla, y abrazó decidida los faldones de la bata, haciendo que el viejo perdiese el equilibrio, y los dos vinieron al suelo con no menos detrimento del uno que del otro.

Ambos trataron de reirse apenas hubieron descansado sus cuerpos sobre el alfombrado pavimento; pero el recuerdo de la depositada, mas que el dolor sufrido en el descendimiento, les hizo bajar la vista avergonzados, ó mas bien cerrar herméticamente sus ojos; porque en la posicion horizontal de sus cuerpos otro movimiento menor hubiese sido imperceptible.

—Sea todo por la pasion y muerte de nuestro Señor, dijo D. Liborio elevando los ojos al cielo. Hay épocas de la vida en que parece andar suelto el mismísimo demonio... y sin embargo... pero quién hace caso de esa gente!... Todo se arreglará!!!

—Sí, sí, eso dijo, replicó Eustaquia haciendo esfuerzos para recobrar el estado que gracias á su madre y á los andadores habia recibido cuando niña; yo tengo muchas esperanzas, porque lo que no haga un escribano!...

—Tienes mucha razon, pero suelen ser peor las curas que las enfermedades, y los escribanos no solo se parecen á los albañiles en la limpieza, sino que como aquellos, para arreglar una cosa ensucian ciento... Desgraciada la familia que necesite el «ante mi» porque ante ellos pasa todo, y asi dan fé de lo que ocurre en Pekin desde Madrid, como la darian, á no estorbarlo las fechas, del vestido que tenia Noé cuando el Diluvio Universal...

Interesante hubiera sido que D. Liborio hubiese terminado el tipo curial, que tan lindamente iba trazando, pero la campanilla herida con violencia por algun impaciente que no se hallaba bien en la escalera, interrumpió con sus prolongados sonidos las palabras de aquel anciano, dignas de esculpirse en letras de oro, para el mejor arreglo de la sociedad.

La estrepitosa vibracion de la campanilla sorprendió á los desconsolados padre y tutora en la posicion oriental que tomaron, cuando mal de su grado midieron el suelo con sus personas.

Trataron de levantarse con precipitacion, y aun no lo habian conseguido por completo, á pesar de ayudarse mútuamente, cuando llegó un criado anunciando con misteriosos ademanes:

(1) Diccionario que ha de ser,
Si se empeña Peñalver.

—Señor, señor, la policía secreta otra vez.

—Pues bien, que pasen adelante... ahora ya, como no vengan por tí... dijo D. Liborio á su ama de gobierno.

—Huy, santa Tecla... *et liberanos á malo*, abrenuncio Satanás... bien sabe Dios que no me remuerde la conciencia.

El criado salió para cumplir la órden de su amo, y éste tomó asiento en su poltrona, para cuando entrase la autoridad.

Doña Eustaquia, por hacer que hacemos, ó por hacer que hacia, y para que no se extrañase su presencia en aquella sala, tomó la bolsa de la calceta y empezó á deshacer un gorro de D. Liborio preparando las agujas para convertir los restos del casquete en un par de calcetines. Y como todos los extremos son viciosos, tan rara era la bolsa que deshacia, como la que empezaba de nuevo.

—*Sobre mis costillas todo, sobre mi conciencia nada*, dijo el escribano Pedraza, entrando en el aposento no ya como individuo de la comision judicial, sino con cierto aire de amistad y franqueza, que segun afirman varias personas, hizo arrepentir al viejo del juicio que antes habia formado.

Pero aquellas palabras con que el escribano saludó á D. Liborio estaban invertidas, pues siempre se dijo que la profesion de fe de los escribanos era: *sobre sus costillas nada sobre su conciencia todo.*

No menos satisfecho que el anterior venia el otro personaje que acompañaba á Pedraza; y no era por cierto el perfumado caballero, que se llevó depositada á Pilar.

Era por el contrario un galancete de mediana estatura, pelo rojo, ojos azules, patilla rubia interceptada á la mitad del carrillo por la navaja del barbero y las aprensiones de cierto suegro futuro.

Dos picos de camisa cumplidamente engomados tenian el encargo de sostener las orejas, pues el cogote no necesitaba otra defensa que el cuello de un frac que por dos dedos de *plus* dejó de ser casaquilla; una correa estrecha pasaba por debajo de la bota tirando de unos pantalones color de caña subido, y supliendo con su longitud *la cortedad* de aquellos que no querian pasar de la pantorrilla.

Las dimensiones latitudinales no eran ningunas, pues todo él estaba reducido á un perfil de figura humana. Era uno de esos robustos hijos de Madrid que se lastran los bolsillos con piedras cuando Favonio anda silbando por las calles de la capital.

Ya habrá conocido el lector, que el propietario de tantas perfecciones no podia ser otro que el huerfanito D. Joaquin, candidato y protegido de D. Liborio para marido de su hija.

—Nos hemos salvado, dijo el escribano cogiendo entre sus manos la de D. Liborio... la niña va desistiendo... y consiente ya en la boda.

—Tanto como eso no, interrumpió de buena fé don Joaquinito.

—Eso y mucho mas, replicó el escribano: tiene usted un alma de grillo... Si este señor consiente y ejecuta con decision lo que yo le diga, estamos fuera del paso al momento... Qué feliz va Vd. á ser! añadió, con una mujer tan bien educada y un padre político como este caballero...

—Es favor, dijo el lisonjeado anciano.

—Oh! no tal... Jus...ticia... replicó el escribano con cierta dificultad en la pronunciacion de esta palabra.

—Pues hable Vd. y veremos, replicó D. Liborio.

—Es una cosa muy sencilla, y se ha compuesto con toda la legalidad posible. Apenas quedó depositada la señorita en la casa designada por el juez, me dirigí en busca del romántico caballerete...

—A quien Vd. habia prometido... dijo con tono irónico D. Joaquin.

—Sí, pero... fue por preparar mejor el desengaño de ese calavera, y hacer que la señorita Pilar diese á usted la mano...

—Y su padre el dote? no es asi, señor Pedraza, replicó por lo bajo el huerfanito.

—Y qué dijo el insolente libertino?

—En cuanto supo que la muchacha no tenia un cuarto... que el dote con que habia pensado cubrir sus muchas trampas quedaba reducido á cero, empezó á discurrir medios para salir del compromiso, *confesando ante mí*, franca y terminantemente, que jamás habia sentido amor hácia ninguna mujer, y que estaba resuelto á escribírselo asi á Pilar, esperando que yo le ayudase en su empresa, puesto que por mi profesion le parecia... Figúrese Vd. lo que yo le responderia..! Empecé diciéndole que aquello era un proceder infame, y que solo debia pensar en cumplir su palabra, casándose con su hija de Vd.

—Oiga el protocolo!... Parece que hoy todos están autorizados para burlarse de mí.

—Calma, señor don Liborio, calma... lo mismo que Vd. se puso el tal calaverilla á quien yo trataba de... pero era un engaño legal... y apenas me vió convertido en diablo predicador se echó á reir diciendo: «Pues amigo, ha errado Vd. la equivocacion, un hombre de esos sentimientos no debe ser escribano. Estaria bien que yo me casase así sin mas ni mas con una mujer que no tiene un cuarto, y que podria servirme cuando mucho para modelo en las salas de la Academia... Cree Vd. que estoy decidido á morirme de hambre, haciendo profesion de pobre, nada mas que por dejar á cubierto la honra del pabellon matrimonial?...» Estas y otras expresiones por el estilo siguió ensartando el galancete, ofreciéndome escribir á Pilar de una manera decorosa, puesto que yo lo exigia así, pero quedando libre de su compromiso... Hé ahí, añadió el escribano, lo que yo he consegnido con engañar en un principio á Ricardo para ganarme su confianza.

—Sí, pero el engañado entonces, no sabemos quién era, le dijo á media voz el hombre de la patilla rubia... porque Vd. creia que el dote ..

—Oh! no tal, replicó del mismo modo el escribano... yo siempre supe... pero es igual, el caso es que Vd. será el propietario de la blanca mano...

—Y de las onzas del viejo, que es en lo que ha de dar Vd. su voto.

—Gracias, picaruelo, gracias... dijo Pedraza apretando entre sus manos la de don Joaquin.

Don Liborio que estaba impaciente por saber el resultado de la tramoya curial, en la que cifraba toda su ventura, con la restitucion de su mal aconsejada hija, interrumpió el diálogo que tenian *sotto rocce*, el moderno protegido y el nuevo protector.

—Y qué ha resultado de la carta ?... Ha recibido ya mi hija ese infame papel.?

—Aun no, pero lo estamos esperando de un momento á otro, dijo el escribano.

Y como de grado ó por fuerza hasta que la niña reciba el billete, nada podemos hacer nosotros, acompañaremos en la espectativa á los personajes de esta historia hasta que llegue el cuadro cuarto.

CUADRO IV.—Pobre niña!!

Ligeramente reclinada sobre una elegante butaca, y descansando su blanco y desnudo brazo en un velador sencillo, pero no menos rico que los demas muebles del gabinete, está la graciosa jóven de los diez y ocho abriles sin otra compañía que el quejido acompasado y monótono de la mal intencionada péndola que se goza marcando las horas nada felices por cierto que cuentan por minutos el martirio de la desventurada Pilar.

Sus hermosos ojos azules se conservan claros y serenos; sobre su blanco y casi desnudo pecho se desliza el líquido que momentos antes nublára sus ojos, y sus mejillas no menos cubiertas de aquellas lágrimas han perdido una gran parte del carmin que las coloraba.

Los interesantes contornos de la pobre niña abandonados sobre la silla indican el estado violento de su corazon. En uno de sus movimientos involuntarios ha cruzado las manos sobre su pecho, y un pequeño diamante que se agitaba entre ellas, descompone los rayos de luz que pronto hieren la vista de aquella inocente jóven. Sus ojos brillan de alegría al apagar con sus vivísimos destellos las hermosas luces de aquella piedra preciosa, pero Pilar no se cree bastante feliz con aquel triunfo, y eclipsa completamente el brillo de la sortija con el carmin de su boca.

Deja la piedra de recibir los besos prolongados, casi contínuos de su gracioso dueño, y la pobre niña serena y tranquila, como si ya hubiesen concluido para ella las horas de tristeza y amargura, saca de su pecho un papel azul que pronto embalsama el aire de aquella estancia con su aromoso perfume. Desdobla el billete con ligereza, y una vez y otra pasa su vista por las siguientes palabras:

«Nada temas, Pilar: tu tranquilidad es ya lo único que me interesa; yo hubiese sabido esperar la muerte, porque lejos de ti es imposible hallar otra cosa, antes que disgustar á tu padre... Mas una vez que es preciso... ahora que ya no se trata de mi martirio, sino del tuyo, ten valor... y mañana... pero no puedo continuar, me espera el escribano, y ese lo ha de hacer todo... Adios.»

«Te vuelvo á repetir que no desmayes en la ocasion... nada temas, tu padre nos perdonará despues.»

Lo mismo que habia hecho Pilar con la sortija hizo con esta carta, aplicando sus labios para cubrir con ellos la última palabra del escrito; y toda su reserva estaba reducida á ocultar la firma de Ricardo.

El ruido de una mampara que giraba sobre los ejes de sus visagras, hizo que Pilar quitase los labios del amoroso billete, con lo que quedó descubierta la firma, aunque algo velada por una humedad viscosa que cualquier poeta galante hubiese tenido por ambrosia.

La puerta dió entrada en el gabinete á una señora vestida con un estrambótico *negligé* de casa, y Pilar la recibió levantándose de su silla, y estrechándola afectuosamente entre sus brazos.

Sobre un vestido amarillo, listado de azul, y salpicado de puntos verdes, se dibujaban los contornos de un gran pañuelo de *manta*, cuyos colores daban envidia al mas pintado trapillo jerezano; el vestido no era tan corto que hiciese traicion á las ligas poniéndolas de manifiesto, ni tan largo que privase á su dueño el gusto de ostentar las riquísimas guarniciones del interior, con mas dos dedos de zagalejo carmesí, galoneado de negro.

Sus facciones eran hermosas, examinadas al pormenor; pero carecian de esas sonrisas animadas, de esas tintas expresivas que los poetas fantásticos llaman *hermosura al vapor*, y el vulgo, que no comprende á esos cantores *volatilizados*, apellida *no se qué*.

Pues bien, la hermosura de la recien llegada tenia un *no se qué* de indefinible catadura, de inocente simpleza, y una facha de tan mal *tono* (véase gusto) que cualquiera, á no haber visto sus manos engastadas en oro y pedrería, se hubiese dispensado la molestia de observar unos grandes lazos color de sangre de toro, que adornaban su cabeza, prendidos en una papalina de encaje blanco, que debia ser una notabilidad en el género ridículo.

El personaje que acabamos de bosquejar era la dueña de la casa á cuyo cuidado estaba Pilar; su edad seria de veinte y ocho años, poco mas ó menos. Apenas salia de su casa, y su marido, hombre de se-

senta años, ex-consejero de Indias, suplia con una inquisitorial vigilancia el poco atractivo de su edad.

La mujer habia vivido lo mismo cuando soltera, y no veia mas teatro fuera del carnaval, que la mesa donde planchaba las chorreras de su esposo, ni mas

sesiones de competencia que la lectura del Viajero universal, ni mas óperas que el Chairo y el aria de don Junquito que solia cantar de vez en cuando para dormir al niño de pecho ó al consejero cesante.

Tenia todas las circunstancias que prescribe el uso en la mujer doméstica; pero no reunia ninguna para ser confidenta de Pilar en aquella ocasion.

La educacion de Pilar habia sido poco mas ó menos igual á la de su amiga, y sin embargo, no tenian una sola idea comun. Pilar era viva; de imaginacion pronta, pero superficial como femenina, y habia comprendido el mundo desde la obscuridad en que se habia criado; ó mejor diremos que el mundo la habia elegido por su víctima, aprovechando la vehemencia de su pasion para atraerla, y su inexperiencia para sumirla despues en la amargura.

Pronto conoció Pilar, por el semblante nada risueño de su amiga, que no era muy favorable la embajada, y sin que aquella dijese nada, la preguntó:

—¿Qué tenemos, dí?... Nada me asusta... qué hay?...

—Vaya, me alegro... no esperaba yo menos de tí, respondió con extraordinaria candidez la jóven de la papalina... Al cabo y al fin... tu padre no quiere mas que tu bien, y él era un loco...

—No sigas, por piedad!... dijo Pilar abandonando de nuevo su cuerpo sobre el sillon; tambien tú me abandonas creyendo los chismes de esa furia infernal... por cuya causa aborrece mi padre al infeliz Ricardo!...

—Infeliz!... ya... ya... Toma esa carta, y verás lo que es ese hombre!

Y satisfecha la embajadora de haber cumplido tan fácilmente su delicada comision arrojó sobre la mesa un papel blanco doblado que Pilar cogió con avidez; y abriéndole precipitadamente leyó casi á media voz lo que sigue:

«Apreciable Señorita:»

«La pasion que tengo á Vd. me hizo proponerla »ayer lo que hoy me pesa ver realizado...»

—Desventurada!... dijo Pilar cayendo en brazos de su amiga.

—Calla, no seas tonta... eso no vale nada, con tal que te confieses de ello... y no vuelvas otra vez á esos amores románticos, como vosotras decís, replicó la jóven del vestido amarillo, incapaz de comprender lo que pasaba en aquel momento por el corazon de su desventurada amiga.

Pilar no respondió nada; lanzó un terrible suspiro haciendo un esfuerzo para ahogar las lágrimas que nublaban sus ojos, y dijo:

—Concluyamos... al menos sabré hasta dónde ha podido llegar la ingratitud y la falsedad de un hombre á quien amé... Ah!... no, le amo todavía... es imposible que sea suya esta carta!...

—Vaya si es suya, replicó la jóven embajadora; tan suya como otras cosas que me ha contado el escribano en confianza... Jesus!... qué hombre tan perverso!... El escribano, que se interesa mucho por tí, se horrorizaba al contar las calaveradas de Ricardo... En lista con siete novias mas, tenia apuntado tu nombre, y le enseñaba por los cafés, burlándose de tí... Andas en boca de todos!... y en los cafés!...

Pilar hizo un gesto de impaciencia, y cansada de oir las imprudencias de su amiga continuó leyendo en alta voz:

«Conozco que es imposible alcanzar el perdon de »su papá de Vd. y prefiero sacrificarlo todo antes que »privar á Vd. de las caricias paternales... Ademas, yo »no tengo medios de sostener á Vd. en el elevado ran»go que mi ambicion señala... Mucho he sufrido al »escribir estos renglones, pero era indispensable... Mi »conciencia se halla tranquila con esta confesion... »Olvide Vd. á su amante, y tienda una mirada de com»pasion hácia una persona que la quiere y que se hon»rará mucho llevando el título de su amistad = Ri«cardo.»

—Sí, sí, amistad!... dijo la jóven de los lazos colorados, nada, chica... cásate con don Joaquinito, y olvida para siempre á ese mequetrefe... Vaya un amigo que te ibas á echar!

—Ah! sí, tienes razon, querida amiga, pero yo necesito tomar un partido... aborrezco á ese hombre con quien pretenden casarme... y aun cuando no le tuviera aversion, me seria imposible volver á mi casa... Oh!... no... quiero... quiero saber si esta carta es cierta!... estoy resuelta á todo... antes de entrar en mi casa... la presencia de mi padre... No tengo fuerzas... no... quiero que me dés un veneno...

—Para quién? preguntó asustada la mensajera.

—Para mi!!! replicó con un grito terrible la desconsolada Pilar, y cayó de nuevo sobre la silla con una fuerte convulsion, que comunicándose al velador dió con él en tierra, sembrando el pavimento de figuras chinescas y otros juguetes que sobre él habia.

La dueña de la casa andaba chillando de un lado á otro del gabinete y asustada sin saber qué partido tomar, dejaba que el gracioso cuerpo de su desventurada amiga se revolviese sobre el sillon, y mas largo hubiese sido el tormento de Pilar si la caida del velador no hubiera llamado la atencion de las criadas que acudieron precipitadamente, y á pesar de los violentos extremos que hacia la pobre niña pudieron conducirla á la pieza inmediata, con arreglo á las órdenes del ama, que en todo el tiempo que duró el desmayo no hizo otra cosa que santiguarse y dar chillidos. Sin embargo, en las infusiones de tila, y la consistencia de los caldos que se administraron despues á Pilar, lució su amiga todos los conocimientos caseros que habia recibido por tradicion.

Pero dejemos solas á la desventurada enferma, y á la doméstica curandera, preparándonos para el cuadro quinto, en el que, ó poco hemos de poder, ó se ha de concluir la historia.

CUADRO V.—Ellos y yo.

La modestia es una de las frutas mas sanas que se conocen, y sienta bien con toda clase de comidas, pero es preciso suprimirla de vez en cuando, ora haya que pasarse la mano por la cara, ó la pluma por la boca, y conformarse con la voluntad del destino, que como ya dijeron, es el centro de gravedad para todo.

Yo, he procurado esconderme todo lo posible, antes de andar aquí *in letras de molde*, pero ya no puedo menos de darme á luz, porque bien mirado, soy una (masculino á pesar de todo) de las partes mas importantes para la conclusion del cuento.

Vosotros, apreciabilísimos lectores, sabeis que Pilar quedó desmayada en casa de su amiga; no ignorais tampoco que esta la hizo conducir á una pieza inmediata, y aun me parece que os dije algo de las tazas de tila y té que la misma preparaba; pero no podeis adivinar lo que ocurrió despues, porque nunca me ha hecho traicion la cartera, y ella es la única depositaria del secreto. En fin no quiero abusar mas tiempo de mi superioridad, y á renglon seguido os cuento lo siguiente:

Los criados de la casa condujeron en brazos á la pobre niña hasta la pieza inmediata; y allí fueron relevados de su oficio por una gran cama destinada por la amiga para recibir el desmayado cuerpo de Pilar.

Don Liborio, la dueña, Joaquinito y el escribano que esperaban un resultado mas feliz, lo habian dispuesto todo para ir derechos á la vicaría, y asegurar el uno la soñada felicidad de su hija; otra la espiacion de sus culpas; el huérfano la inexplicable satisfaccion de tener esposa, y el escribano los derechos y propinas del corretaje.

De este último se dice que pensaba cargar con toda la dote, merced á cinco pliegos de papel sellado que conservaba del año 1784, época en que murió el abuelo de Pilar. Pero no se sabe de cierto... y se deja en duda.

Todos estaban emboscados ó encortinados en la misma alcoba á donde fué conducida Pilar, cuyo lecho cercaron al momento dedicando sus esfuerzos al tormento y martirio de la pobre niña con el laudable fin de servirla en su desmayo.

Uno la daba friegas en las orejas, otro la echaba un vaso de vinagre en la cabeza; otro la ponia papel de estraza en las sienes, y no faltó quien dijo, no haber cosa mejor, que un poco de *saliva en ayunas* tras de las orejas. Pero como todos habian comido, el que menos dos veces, desesperaban de hallar el remedio, hasta que el escribano dijo que en la vecindad vivia un cesante, y mandaron un criado para que al momento tragese un plato del acreditado específico.

—Un padre nuestro por el alma de los ministros que no pagan á las clases pasivas, dijo el anciano padre arrodillándose ante el cuerpo inmóvil de su hija.

Y sin que bajase el antiestérico de la boardilla, empezó á crujir la cama á impulsos de la horrible convulsion que oprimia el delicado cuerpo de la jóven.

La fuerza que cada uno de los presentes hacia para oprimir y sujetar el débil cuerpo de la pobre niña, sustituyó á la saliva en ayunas, y á las lociones acídulas, hasta que consiguieron debilitar los extremos del accidente con la horrible presion que hacian á cual mas sobre los hermosos contornos de aquella cadavérica figura.

Pilar entreabrió un momento los ojos, y empezó á sollozar, respirando con algun trabajo. La convulsion habia cedido del todo, pero el rostro de la jóven se iba desfigurando cada vez mas, y sus facciones desencajadas y pálidas hubiesen horrorizado á cualquiera sin la expresion candorosa que las velaba.

Don Liborio tenia entre sus manos la de su hija, y enjugándose las lágrimas que derramaba cuando el desmayo, la dijo con la mayor dulzura:

—Sosiégate, hija mia... eso no vale nada... te vive tu padre... sí, tu padre que te quiere mucho.

Pilar contestó á estas afectuosas, aunque inoportunas palabras del viejo, con una mirada cariñosa, pero vaga. Sus ojos indicaban que su corazon era presa aun de la desgracia y del dolor.

—A quién mejor que á tu padre, añadió don Liborio, has de contar tus cuitas? ves cómo se ha portado contigo Ricardo!...

Este nombre fatal, que debieran haber borrado todos de su memoria, tratándose del bienestar de la niña, fue un golpe terrible que la costó un mes de congojoso delirio.

—Ricardo!!... ah! sí... pobre Ricardo!... dijo Pilar con una voz terrible incorporándose sobre el lecho.

Sus ojos hundidos por la pena que oprimia su pecho, lanzaron una mirada inquieta y espantosa; la palidez de su rostro se iba cambiando en un color amarillento, marcándose notablemente en sus mejillas el ardor calenturiento que las abrasaba. Tendió despues varias miradas como queriendo registrar todos los objetos de la habitacion, y abandonó de nuevo su cuerpo sobre el lecho lanzando una carcajada horrible que llenó de espanto á cuantos observaban el tormento de la pobre niña, siendo cómplices todos en la desgracia por efecto de una buena fé mal entendida.

El pobre anciano no pudo resistir mas tiempo aquel horrible espectáculo, y cayó tambien desmayado en el suelo, al tiempo mismo que el médico mandado á llamar para su hija entraba en el aposento.

Nada de particular tenia la figura de aquel Galeno para el que haya visto doctores en medicina sérios, cejijuntos y reflexivos; por lo que la pasaremos en silencio, dejándole una silla á la cabecera del lecho y permiso para que *in continenti* ordene dos sangrias á don Liborio; pues á no darle nosotros la licencia, dispondria cuatro de á libra, y un escuadron de sanguijuelas.

Sentado que fue el doctor junto á la delirante jóven, tosió fuerte, apoyó el codo izquierdo sobre la rodilla, y la frente sobre el enorme puño de su baston. Con la mano derecha tomó el pulso izquierdo de Pilar, hizo lo mismo con el derecho, y en esta operacion estuvo mas de catorce minutos y menos de diez y seis. Dirigió en seguida varias preguntas á los acongojados enfermeros, diciéndoles, mas para descargo de su conciencia y estudios médicos, que para servirles de consuelo:

—Esta jóven no tiene remedio!.... el estado de la cabeza es muy alarmante!..... está indicada una..... (La palabra terminaba en *itis*, y como luego resultó que la pobre niña estaba loca, se cree que la enfermedad indicada era una *cerebro deshechitis*). Sin embargo, añadió dirigiéndose al ama de la casa, quisiera tener una junta.

—Muy bien... replicaron todos á una voz... Pero hay esperanzas...?

—A ver la sangre del otro, dijo el doctor sin responder á la pregunta que le habian hecho. ¡Bien! ¡bien! añadió, que haya silencio, y conducidle á otra pieza distante de esta.

Despues cogió la pluma, y trazó cuatro medias letras sobre un papel, seguro de que sabiendo despachar el boticario la receta, nada importa que no sepa leerla. Con esto, y un saludo silencioso que hizo á los espectadores, salió del aposento por la misma puerta que habia entrado.

Todo era llanto y confusion en aquella estancia, apenas la hubo abandonado el doctor. Durante su permanencia en aquel sitio, todos tenian la vista fija en sus menores movimientos, queriendo descubrir en cada uno de ellos la *Panacea* salvadora. Considerábanle como un editor responsable en la salud de Pilar, y con su ausencia creia cada uno tener una parte de aquel destino sobre sí.

Pero la entrada del escribano, que momentos antes habia salido precipitado, por un aviso secreto que recibió de un alguacil en aquella misma estancia, vino á aumentar el espacio y la confusion de los que allí se hallaban reunidos; y eran todos, menos D. Liborio y el presunto yerno, que estaban cumpliendo la órden del doctor en otro aposento lejano.

—Se ha suicidado!!! exclamó Pedraza todo conmovido, y sin poder respirar libremente, por la agitacion con que habia subido la escalera.

—Quién...? quién...? fué la pregunta general.

—Ya se vé... estaba lleno de trampas... Quieren ustedes ver la carta que ha dejado escrita? dijo el escribano. Y sin esperar contestacion, sacó del bolsillo un papel, y leyó en voz alta lo siguiente:

«A los habitantes de ambos mundos.»

»Es mi voluntad postrera que todo el género humano sepa que no me he suicidado por amores, ni »cosa que lo valga, sino por el estado de miseria en »que me hallo. Y no se crea tampoco que lo hago por »serme molesto el clamoreo de los acreedores, sino »porque tengo agotados todos los recursos de industria »pecuniaria, y necesito declararme en banca-rota. Por »esta razon, y por el capricho de que esta carta tenga »lectura póstuma, mandaré el cerebro en posta al »otro mundo. Ricardo»

—Ricardo!!! repitieron todos á una voz .. Pobre muchacho...!

«Posdata» dijo el escribano, continuando la lectura del billete.

»El escribir estas líneas ha sido con el objeto de »evitar que la justicia comiese unos dias, á cuenta de »los que pudieran resultar comprometidos en esta hu»morada.»

Ahora bien, apreciabilísimos lectores, con el trágico fin de Ricardo, cuánto no se alegraria cualquier novelista romántico de terminar la historia, envenenando á todos los personajes, que, gracias á Dios y á mi cuidado en venir con ellos á este artículo, siguen sin novedad en su salud?

. . . . . .

Don Liborio volvió en sí al cabo de unas horas,

por lo que hace al accidente; pero las sangrías le hicieron guardar la cama por espacio de dos meses largos, en cuyo tiempo repetia con frecuencia: Tienen razon en decir que es peor la cura que la enfermedad.

Pilar estuvo sufriendo veinte dias de congojoso delirio; pero quedó sana y buena, merced al tino de los médicos en desahuciarla, dejando su cura encomendada al cielo. Ignoró la desgracia de su amante por algunos meses, y en este tiempo despidió D. Liborio al huerfanito, rompió las relaciones que tenia con el es-

cribano, y dejó á doña Eustaquia en plena libertad de retirarse á un convento de beatas, donde expió sus culpas y algunas otras mas, que, segun dicen, habia causado por carambola.

Esta terrible leccion sirvió de mucho al padre de Pilar, que al cabo de sus años tuvo que aprender de nuevo el catecismo, para no equivocar el significado del *su* doctrinal.

La pobre niña consiguió que su padre la dejase vestir de luto por la desgracia de Ricardo, y con motivo del duelo y de las visitas masculinas que diariamente recibia para alivio de su pesar, se enamoró de un comerciante grueso, natural de Castilla la Vieja, en cuya compañia vive hace ya cuatro años, con arreglo al sétimo sacramento de nuestra madre la iglesia.

Tiene dos hijos á cual mas robustos y traviesos; y para probar esta última circunstancia y la bellísima educacion que les da su padre, el castellano viejo, bastará saber que habiendo entrado ahora mismo en mi gabinete la sacra familia, le ha ocurrido pedir entre otras cosas, al nieto mayor de D. Liborio, el benemérito tintero, que ha sabido derramar su sangre para que se escriba este *lance original*.

ANTONIO FLORES.

FIN.

SOCIEDAD

PARA PROPAGAR Y MEJORAR LA EDUCACION DEL PUEBLO.

Bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana, vice-presidente primero de la Sociedad, ha celebrado ésta su junta general para conocer las operaciones y progresos que ha hecho en el año quinto de su establecimiento.

Nosotros hemos tenido un vivo placer al ojear la memoria publicada por la Sociedad, para dar cuenta al público, ó á los socios mas bien, del uso que la junta directiva hace de la confianza que en ella se depositára. Tenemos una grata satisfaccion al observar la marcha constante, pero progresiva, que sigue en sus filantrópicos trabajos, sin que los vicios de las sociedades en general la contaminen, no haciéndola alterar en lo mas mínimo el objeto benéfico y eminentemente social de su institucion, ni el método claro y sencillo que tanto honra á las respetables personas que han tomado sobre sí el enojoso, pero útil y laudable empeño de educar al pueblo desde su infancia. Pero participamos asimismo del sentimiento que expresa la junta directiva en su exposicion, al examinar las dificultades que se ofrecen para asegurar la existencia de las escuelas establecidas en esta capital, al paso que nos congratulamos con dichos señores de que por las provincias se vaya extendiendo el sistema de enseñanza de los párvulos. La Sociedad cuenta con todos los elementos necesarios para seguir dando al pais los beneficios de esa parte de su institucion, ya que se lamenta de la falta de maestros idóneos para dirigir las escuelas, favorece cuanto puede la formacion de maestros en su escuela normal; pero es preciso que las personas llamadas por su posicion á prestar apoyo á tan utilísima obra, fijen su atencion en los felices resultados que ha producido hasta el dia las tareas de la Sociedad.

Examinando detenidamente las Memorias de los años anteriores, y haciéndonos cargo de la estadística que de ellas resulta, nos ocuparemos con alguna mas detencion de tan importante asunto; mientras tanto puede contar la Sociedad con las columnas de nuestro periódico, cuya redaccion se complace hoy en tributarles admiracion y gratitud por su constancia y sus esfuerzos para *mejorar y propagar la educacion del pueblo.*

Revista de la Quincena.

Apenas alumbra el sol de julio, y con sus fuertes rayos dora las mieses de los ricos campos, y el labriego recoge su cosecha, y cede la flor en lozanía, y el árbol pierde su verdor hermoso y codician las plantas suave brisa; el mundo elegante abandona los salones, desaparece de los paseos, apenas se deja ver en los teatros, y buscando recreo al ánimo fatigado con las fuertes impresiones del estío, cambia la capital por el ameno sitio, donde pueda respirar el aura de los jardines y templar su naturaleza, y recobrar su quebrantada salud á favor de las aguas minerales, tanto mas eficaces cuanto mayor y mas elegante sea el círculo, del que puedan llamarse afortunado centro. Espera la córte ansiosa el momento de poder encerrar dentro de sus muros á la augusta Isabel, cuya salud mejora cada dia con los baños minerales, y siente la rica Barcelona que su Reina deje tan hermoso suelo, donde el industrioso catalan la brinda á cada paso muestras de su querer y sus respetos, en medio de mejoras y adelantos. Mientras estos acontecimientos se realizan, salen de la córte dos regimientos, uno de infantería y otro de caballería con direccion á la plaza de Ceuta, donde se reunen fuerzas considerables para la guerra contra marruecos. El emperador marroquí Mulei-Abderhaman, el muy alto y poderoso, el querido de Dios, el nunca vencido, el tesoro de sabiduría, continúa echando fieros, y adornando su bárbaro fanatismo con tan modestos títulos, desaira á la Inglaterra, comete agresiones en el territorio francés, desatiende las reclamaciones de Suecia y Dinamarca, y se niega rotundamente á dar satisfaccion á nuestra España por los ultrajes que ha recibido, quebrantando el derecho de gentes y las leyes del honor. Bien conocen nuestros lectores, cuán fácil es que tantas roncas se las lleve el aire, ó que del contrario, el nunca vencido señor, el no há muchos años aduanero de Mogador, tenga que presenciar con mengua de la fama, que asimismo se dá, como se reparten el botin, los enemigos que se ha sabido crear. Traida por la energía que han desplegado las autoridades en los últimos sucesos, luce otra vez la prosperidad en nuestras provincias de ultramar, y merced á influjo tan saludable, multiplícanse las empresas industriales y torna el sosiego á las familias, cuyas fortunas son hijas de sus continuos desvelos y trabajos. Pasa el aniversario del siete de Julio en el mayor silencio, en tanto que un Príncipe de ominosa memoria propone el matrimonio de su hijo con nuestra Reina, y se abre la liza electoral por la convocatoria de córtes, para el 10 de octubre, en que la adorada Isabel cumple 14 años. En medio de estos y otros recuerdos, acude la gente á los toros de Aranjuez y siente el pueblo Madrileño que las corridas de Valencia, Pamplona y otros puntos le hayan privado algun lunes de su favorita diversion. Llegamos ya á los coliseos y ciertamente que no han sido los espectáculos en ellos representados, bastantes á demostrar que pueden sostenerse tres teatros en la córte, cumpliendo con todas aquellas condiciones que son inherentes á su existencia.

En el teatro del Príncipe se ha representado *El Médico de su honra*, comedia de don Pedro Calderon de la Barca refundida en cuatro actos por don Juan Eugenio Hartzenbusch. Tambien nosotros queremos manifestar nuestra opinion acerca de las refundiciones. Si, como no cabe duda, existe en nuestro teatro antiguo español la fuente de la verdadera poesía, si hay tanto que admirar, sobre todo en Calderon, en el príncipe de los poetas españoles, en cuyas producciones campea la lozanía, lo armonioso de sus versos, la riqueza del lenguaje, la facilidad en todos sus giros, encontrándose por do quier profundos pensamientos, porque poeta es Calderon en quien la imaginacion y brillante fantasía corre parejas con su esquisita razon; y si al lado de tanto sublime se encuentra sobrado desaliño, hijo no solo de la época en que escribia, sino de su mismo elevado ingenio que le hacia descuidar las formas; si el público por otra parte desea que se reproduzcan en nuestra escena aquellos modelos de pureza y de elegancia, aquellos tipos de galantería y de caballerosidad, aquellas concepciones hermosas y atrevidas; claro es que en nuestros tiempos, en que mas que al fondo se atiende á la forma de las cosas, debemos procurar que se salve lo que en esta parte tienen de malo tan magníficas producciones, ya que por otra tan bueno es el fondo que contienen. Por esto se conocerá que estamos por las refundiciones, siempre que se ajusten en un todo á lo que acabamos de exponer, y cuenta que en ellas lo que para algunos es *profanacion*, para nosotros no es sino culto religioso que al mérito se rinde. Veamos ahora de qué manera el autor de *Los amantes de Teruel* ha desempeñado su cometido.

El amor y el honor son las dos grandes pasiones que Calderon ha pintado con admirable verdad y sublime colorido en *El Médico de su honra*. De ellas son imágen verdadera don Gutierre y doña Mencía, su esposa; y el magnífico pensamiento que se ha propuesto desarrollar, consiste en hacer triunfar el amor del honor; en lavar su deshonra, por creer correspondido al Infante don Enrique, de Mencía, no con la sangre de aquel, porque es sangre real, sino con la sangre de su esposa y sin hacer pública su deshonra. Se presentan ademas en segundo término unos amoríos de don Arias y doña Leonor, y con estos personajes, y un gracioso camina el plan á su desarrollo, atravesando por medio de situaciones altamente dramáticas, y destacándose en el cuadro los principales caractéres con su vigoroso colorido. El de don Gutierre es bastante particular; ama con loco desvarío, pero es en él tan fuerte la pasion de los celos, que amando con frecuencia á doña Leonor, pasaron sus amores en un dia, en un instante, por ver saltar por el balcon de la casa de su amada á un embozado, sin tomar en cuenta las razones que aquella le diera. Doña Mencía es una mujer cuya voluntad es atropellada por su padre; amando como amaba al Infante don Enrique, la obliga á dar su mano á don Gutierre en ausencia de aquel: pero casada ya, su conducta se halla trazada en los siguientes versos:

La mano á Gutierre dí,
Volvió Enrique, y en rigor
Tuve amor y tengo honor,
Esto es cuanto sé de mí.

El Infante no renuncia por eso á la idea de lograr favor de Mencía, pero son vanas todas las tentativas, y se estrellan ante el fuerte muro del honor: ella indudablemente conserva en su pecho el fuego en que se abrasaba antes de entregar su mano á don Gutierre, y el mismo temor que no la abandona un instante, es prueba de esta verdad. Este temor es orígen de una porcion de situaciones dramáticas, porque siendo celoso en extremo don Gutierre, le dá lugar á la duda y le obliga á celar á su esposa y á constituirse en médico de su honra; y lo que para él no era mas que una ligera sospecha se va convirtiendo en amarga realidad. Sin embargo, la realidad no es otra cosa que el temor de doña Mencía: su honra está ilesa, pero don Gutierre la mira con otros ojos, la mira furioso de celos, y médico de su honor, se decide á curarle, obligando á un cirujano vendado que haga una sangría suelta á su mujer. Así evita la publicidad de su deshonra y dá visos de casual á la muerte premeditada.

El señor Hartzenbusch, que se conoce ha estudiado sériamente á Calderon, ha hecho una refundicion tal como nosotros creemos que debe hacerse: empapado en el estilo de tan insigne poeta, ha sabido dar forma á lo que no la tenia, regularizar lo que estaba con no poco desaliño, dar mas realce á los principales caractéres, justificando mas y mas la conducta atrevida de don Gutierre; así es que no se ha satisfecho con poner en sus manos la daga del Infante, que encuentra en el cuarto de su esposa; ni con oir de boca de ésta y en la oscuridad de la noche, las palabras que á él mismo le dirige creyéndole el Infante; ni con el sobresalto y el temor que á cada momento se pinta en su rostro, ni finalmente con la carta que escribe á D. Enrique para que no parta de Sevilla, en la que ve don Gutierre el colmo del amor: cuando no es otra cosa que remedio contra las hablillas del vulgo; todo esto le ha parecido poco al señor Hartzenbusch para justificar la muerte de Mencía, y presentarla culpable á los ojos de su esposo; y ha ideado con mucho tino, á nuestro entender, la fuga que la proporciona el Infante D. Enrique violentando la reja de su cuarto, que da á la calle, cuando se encuentra con que su marido la piensa matar. La repentina presencia de D. Gutierre en aquel lugar, es altamente dramática: ella huye en los brazos del hombre que la amaba, solo por salvar la vida, y él siguiéndola y alcanzándola, justifica á sus ojos el crímen que sospechaba y la muerte que la dá.

El hacer una refundicion de esta manera, no lo tenemos nosotros por corregir la plana á Calderon como alguno ha supuesto; al contrario, lo tenemos por imitar sus planas, para darlas otra forma, y es bien seguro que si tan preclaro ingenio alzára la frente de la tumba, no desdeñaria como suyos los versos que se ha visto obligado á poner de cosecha propia el señor Hartzenbusch. A nuestro entender ha salido airoso en tan arriesgada empresa, y por ello le aplaudimos, con mas razon que si hubiera hecho una cosa original. ¡Cuánto mas vale esto que una traduccion! y sin embargo en nuestros dias se ha llamado á la escena á un simple traductor de una piececilla; y nada tiene de particular que se le llamára; lo tiene sí, el que él se presentára. De muy buen grado aconsejaríamos al señor Hartzenbusch que diera al teatro alguna otra refundicion ¿pero cómo hemos de hacerlo, cuando vemos el poco estímulo y la pasmosa indiferencia con que el público mira esta clase de fundiciones? Se presenta un drama traducido, se llenan la mitad de las localidades del teatro por curiosidad, y el público exclama ¡cómo duerme el teatro antiguo! A los pocos dias se pone en escena una comedia del teatro antiguo y el teatro está desierto ¡viva el teatro nacional!

No ha sucedido lo mismo con el baile nuevo, que despues de tanto contratiempo se ha ejecutado en el teatro del Circo, titulado *La linda Beatriz, ó el Sueño*, de cuyo argumento tendrán ya noticia nuestros lectores. Favorecido este género de espectáculos por el público Madrileño, la empresa del teatro del Circo ha logrado reunir una numerosa cuanto escogida compañía, sin disputa, la mejor que hemos visto en la capital, y ha presentado en este baile fantástico cuanto pudiera apetecerse en riqueza de trajes y asombrosas decoraciones. Con dificultad y en la certeza de que dará muy buenas entradas, podrán cubrirse los enormes gastos que debe haber originado.

La ejecucion ha sido la mas completa que se puede figurar; y no era de esperar otra cosa, habiendo dirigido y puesto en escena este baile el inteligente maestro señor Barrez. La señora Guy Stephan ha sido un portento, representando la Linda Beatriz; cada dia que la vemos la admiramos mas; nadie hubiera creido al contemplarla ligera y flexible como nunca, que acababa de salir de una indisposicion: el público la aplaudió con frenético entusiasmo, sobre todo en la *Polka* que bailó en compañía de M. Petipá, y que todas las noches pide el público su repeticion. Nosotros creemos que M. Petipá baila mejor la *Polka* que su linda pareja, quien no parece muy acostumbrada á este género de baile.

La señora Laborderie, la señora Galby y los señores Gontie y Ferranti, han puesto cuanto de su parte ha estado para dar realce á tan hermoso baile, y el público los ha aplaudido justamente. Tambien al señor Lucini le ha cabido no pequeña gloria, por las hermosas decoraciones que ha pintado; entre las cuales son de un efecto singular las que representan la plaza de Gante en el primer acto, el magnífico y nunca visto en nuestros teatros, salon de baile, en el segundo; y el jardin con grupos de árboles iluminados por innumerables luces en vasos de colores, en el tercero. El público ha salido muy satisfecho, y el teatro ha estado lleno en las primeras representaciones. Estas son las dos únicas novedades que nos han dado los teatros de la córte en la última quincena, y de las cuales hemos dado una ligera idea á nuestros lectores.

Juan Perez Calvo.

Director, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS
DE D. Ignacio Boix, EDITOR PROPIETARIO.
Calle de Carretas, núm. 8.